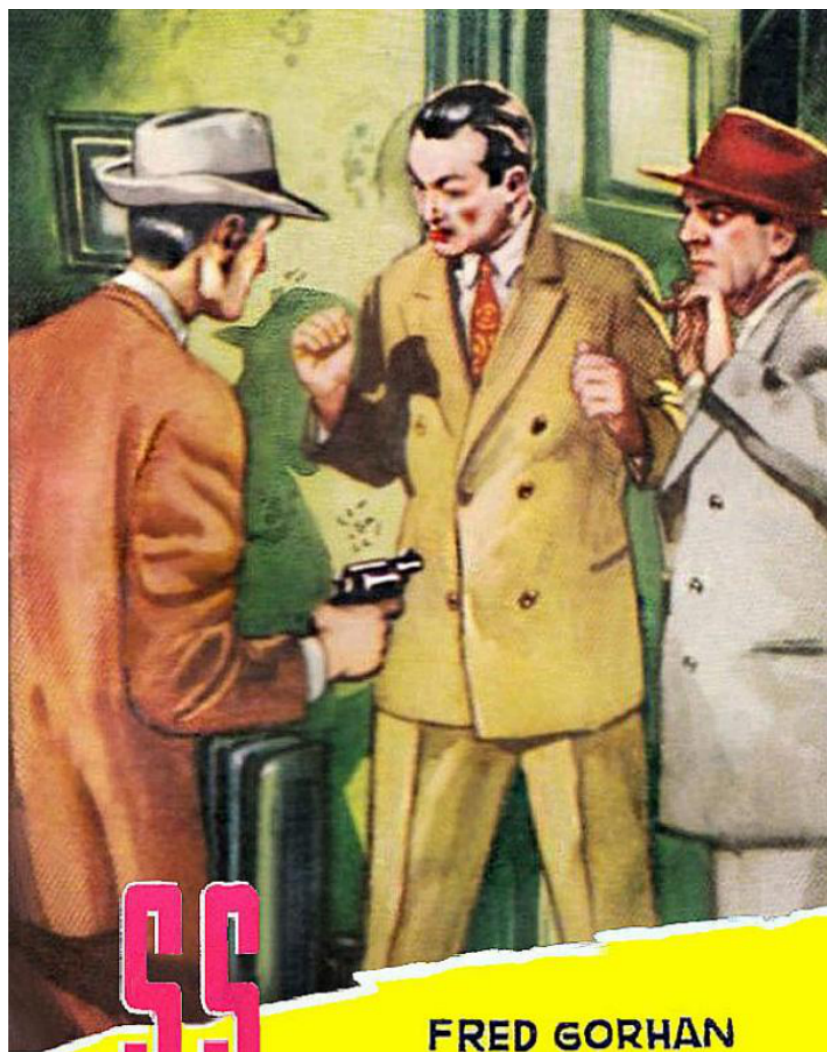




SS

**SERVICIO
SECRETO**

FRED GORHAN
OPERACION
"LA NEGRA"

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2. Barcelona



FRED GORHAN

OPERACION "LA NEGRA"

1.^a EDICION
JULIO - 1951

EDITORIAL

Proyecto, 2 T 204453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

OPERACION "LA NEGRA"

por
FRED GORHAN



PRÓLOGO

De todas las apetencias que la vida puede brindar a un joven sano de cuerpo y de espíritu, ninguna le era extraña a Bill Randall. La mujer, por ejemplo, siempre constituía para él un espectáculo inefable; la mujer sugestiva, se entiende. Pero en este sentido, Randall debía ser muy ambicioso, porque en ningún personaje del bello sexo conseguía ver concretado «su tipo». La verdad era que tampoco sabía definirlo. Pero estaba seguro de que algún día, inopinadamente, se tropezaría de manos a boca con la dama de sus sueños. «¡Ésta es!», exclamaría Randall, sin titubear, nada más verla. Y ya no la dejaría escapar.

Pues bien, su intuición se reveló profética, pero sólo parcialmente. El ansiado encuentro tuvo lugar una tarde en Nueva York. Randall llevaba ya siete días en la ciudad, indagando las actividades de un tal Dick Smiles, a quién se suponía complicado en un contrabando de estupefacientes. Caminaba por una de las concurridas aceras de la Quinta Avenida, rumbo a la esquina de la calle 40, en donde se alza el imponente edificio de la «Insurance National Co». Allí tenían que darle ciertos datos referentes al tal Smiles. Al llegar al cruce con la 36, se detuvo al borde de la acera, con otros viandantes, porque el paso de peatones estaba cerrado. De pronto, inopinadamente, una muchacha que, al parecer, tenía mucha prisa, se aventuró presurosa por la calzada, aprovechando un claro en la circulación de vehículos, sin que lograse verla el agente de tráfico. Pero la imprudente joven no se había percatado de la presencia de un turismo que, en aquel momento, enfilaba a toda velocidad el trozo de calle, después de cruzar la avenida. El atropello era inminente. Todo sucedió en una décima de segundo. Randall se lanzó como un bólido a través de la calle y alcanzó a la chica antes de que el auto se les hubiese echado encima. El impulso de la carrera arrastró a los dos personajes hasta la otra acera, sobre

la que rodaron abrazados. Hubo el consabido revuelo. La gente formó corrillo en torno de ellos. Cuando Randall pudo medio incorporarse, la chica ponía en orden el vuelo de su vestido.

—Perdón. Me llamo Bill Randall —dijo nuestro hombre.

—¡Yo, Diana! —le respondió la muchacha, el rostro encendido con ojos llameantes.

Y, de súbito, sin venir a cuento, impelida por no se sabe qué misteriosas razones, descargó una tremenda bofetada en la mejilla del infeliz Randall. Acto seguido, se incorporó y, con vivo nerviosismo, se abrió paso a través del grupo de mirones, desapareciendo del campo visual de Bill Randall, a quién la incalificable agresión había convertido en piedra.

Cuando el agente pudo intervenir, el incidente ya estaba liquidado, y Randall, de pie, se sacudía furiosamente el traje entre el regocijo del público.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, guardia. Este infeliz que se ha jugado la vida por una mujer. Cosas de la edad. Después la chica, en agradecimiento, le ha soltado un guantazo que ríase usted de la bomba de Bikini.

—¡Así la aplaste un tanque! —masculló Randall, apretando los puños.

—¿Y dónde está ahora esa muchacha?

—¡En el infierno! Por lo menos, allí debería estar, y yo en el limbo, por imbécil y meterme donde no me llaman.

Resulta curioso considerar la diferente forma de apreciar las mismas cosas, que manifiesta el ser humano en el transcurso del tiempo. El fenómeno quizá se deba a que sólo el paso de los días hace que los sucesos pretéritos cobren en nuestro ánimo su auténtica significación. Esto debió ser, precisamente, lo que le ocurrió a Randall. Aquella misma noche revivió en sueños la escena de la tarde. La muchacha estaba de nuevo en peligro. Randall se jugaba otra vez el pellejo y salvaba a la chica. El corto diálogo se reproducía fielmente. «Perdón, Me llamo Randall». «¡Yo, Diana!». Y a continuación, ¡paf!, sobrevénía la famosa bofetada.

La sensación fue tan viva, que un poderoso reflejo hizo dar un salto al durmiente sobre la cama, lanzándole al suelo. Cuando despertó, se acariciaba la mejilla, sentado sobre las baldosas. Y entonces fue cuando la luz se hizo de súbito en su cerebro. ¡Es *ella*,

ella!, gritó Randall en la obscuridad. Volvía a ver sus bellísimos ojos de diosa ultrajada, el fascinante rostro inundado de furioso rubor, la tremenda decisión de su brazo describiendo un arco en el aire para descargar la mano airada sobre su mejilla; detalles todos que, ahora, cobraban en el ánimo de Randall una rara trascendencia afectiva, confirmándole en su intuición: aquélla era «su tipo», la mujer de sus sueños, tantas veces entrevista y nunca hallada, un meteoro de luz vivísima que dejaba suspenso el ánimo; un torbellino que arrastraba tras de sí colores, sonidos, aromas, todo lo que de sensible y entrañable podía guardar un corazón mozo como el de Randall. ¡Diana!... Pero la había perdido, perdido para siempre. ¡De qué manera tan estúpida había obrado, dejándola escapar! Claro que el encuentro había sido tan rápido, tan desconcertante... Ahora, con seguridad, ya no volvería a encontrársela otra vez en todos los años que le restasen de vida. ¡Desdichado!

Pero Bill Randall no contaba con el Destino, ese irónico personaje de designios inescrutables. Él fue, precisamente, quien, al poco tiempo del incidente relatado, dispuso que Bill Randall se alzase con el papel de protagonista en los sensacionales acontecimientos que, a su remate, quedarían registrados en el archivo de la Oficina Federal de Washington, con el nombre de «Operación La Negra», una fabulosa aventura que marcó época en los anales del

F. B. I.,

y en la vida de nuestro héroe, como pronto se verá.

CAPÍTULO PRIMERO

La mañana se deslizaba apaciblemente para Randall. La convicción de que muy pronto abandonaría aquella vida rutinaria de Washington, había calmado su impaciencia e irritabilidad de los últimos días. A las once se pasaría por el despacho de Tolson, éste le daría las instrucciones convenientes y, pocas horas más tarde, partiría en el avión para San Francisco, según le oyera decir. ¿De qué asunto se trataría? Randall lo ignoraba. Sólo sabía que muy pronto podría ocupar todas sus horas, y esto le bastaba.

Terminó de afeitarse, se lavó la cara y, a continuación, se la secó con una toalla diminuta, frente al espejo. Sonrió. Pero después, al pasarse la mano por la atezada mejilla, algún pensamiento debió cruzar por su mente, porque la imagen del espejo cobró una expresión absorta, grave. En aquel momento se abrió la puerta del cuarto, y una graciosa niña asomaba la cabeza.

—¡Bill, Bill!

—¡Eh!... ¡Hola, Peggy, pasa!

—Es que te llaman al teléfono. ¿No lo has oído?

—¡Caramba! Entonces vamos allá, sin pérdida de tiempo.

Alzó a la pequeña en sus brazos y corrió con ella por el pasillo hasta detenerse frente al aparato.

—¡Bill Randall al habla!

Peggy se abrazaba a él con la naricilla pegada a su cuello.

—¡Qué bien hueles. Bill!

La exclamación de la niña debió llegar a oídos del invisible interlocutor, que carraspeó.

—Oiga, Randall, soy Tolson. ¿Quién diablos está con usted?

—Mi adorable Peggy. Se me ha colgado al cuello y no me suelta. ¿Quiere que se la presente, inspector?

—¡Al diablo usted y su Peggy!... ¡Óigame! No pase por aquí a las once. Ya no marcha a San Francisco.

—Pero ¿cómo...? —interrogó Bill, con desencanto.

—Lo que oye. Aproveche todavía unas horas con su Peggy. A las dos y media en punto le espero en el bar del Majestic, de la avenida Pennsylvania. Allí hablaremos. ¡Buenos días!

Randall se inmovilizó, absorto, con el auricular en la mano, mientras Peggy, sentada en su antebrazo izquierdo, lo consideraba con evidente curiosidad.

—¿Es que te ha dicho algo malo?

—¡Eh!... No, pequeña —rió Bill—. Sólo que ya no salgo de viaje. Anda, ve y dile a tu mamá qué ya no tiene que preocuparse por el equipaje.

—¡Qué bien! Así podrás llevarme al cine.

La niña echó a correr por el pasillo, y Randall se encaminó con lentitud a su cuarto.

A las dos y media, Randall penetraba por la puerta giratoria en el interior del bar del Majestic. Divisó a Tolson sobre un alto taburete, en un extremo de la barra. El lugarteniente de Edgard J. Hoover, jefe supremo del

F. B. I.,

saludó al recién llegado con una sonrisa.

—¿Qué hay, inspector?

—Poca cosa, Randall. ¿Quiere tomar algo?

—No, no; gracias.

—Muy bien. Entonces nos largamos. Espere que pague.

Depositó unas monedas sobre el mostrador, y asió a Bill del brazo empujándole hacia la salida.

—¿A dónde vamos? Yo creía que tenía que decirme algo.

—Y así es. Pero ya le informaré por el camino. Ahora vamos a casa del «patrón». Nos espera.

—¿Míster Hoover? —interrogó Randall, con asombro.

—Sí.

Una vez en la calle, Clyde Tolson subió a un *roadster* parado al borde de la acera, e invitó a su acompañante a imitarle. Randall se sentó junto a Tolson. Se puso en marcha el motor, y el coche arrancó en dirección a Washington Circle.

—¿Quiere usted explicarse, inspector? ¿Qué pasa? ¿Por qué no voy ya a San Francisco?

—Que me aspen si lo sé —suspiró el hombre—. Y, sin embargo, la culpa la tengo yo. Anoche el «patrón» me estuvo sondeando. ¡El diablo que lo entienda! Estuvimos hablando del personal. Un tema que yo creí cogido por los pelos, pero, sí, sí... El zorro del «patrón» supo, por lo visto, llevarme al terreno que le convenía. Pasamos revista a la gente: que si Fulano, que si Mengano... A mí se me debió subir el «Martel» a la cabeza. Lo digo porque empecé a hablarle de usted en los términos con que un anticuario puede dirigirse a un cliente adinerado a quién intenta colocarle un cuadro. Algo así. Claro que yo ignoraba lo que él se proponía. En resumen, cuando se acabó la cuerda, el «patrón» me preguntó: «¿Dónde está ahora Randall?». «Aquí —le contesté—, pero mañana mismo sale para San Francisco con una misión». Bueno, pues el «patrón» guardó silencio, y, cuando menos lo esperaba, me soltó: «Comisione a otro para ese servicio. A ese muchacho lo necesito yo. Avísele, y mañana, entre dos y media y tres, les espero sin falta en mi casa». ¡Y esto es todo cuanto puedo decirle. ¿Qué le parece?

—Pues, no sé. Además, ¿por qué nos cita en su casa? Podía haberme llamado a su despacho en la oficina, ¿no cree?

—Yo no creo ni dejo de creer nada. Lo único que aseguro es que otra vez me morderé la lengua, y no me sacará ni media palabra del cuerpo. A estas horas el «patrón» debe figurarse que usted es una alhaja, o poco menos, y cuando se dé cuenta de que no hay tal, yo cargaré con el muerto. Ya lo sabe, Randall: cuando le inviten a «Martel», rechace el ofrecimiento. Se le subirá a la cabeza y sólo dirá tonterías: Ah! Otra cosa: ¿Quién es esa Peggy que acostumbra a abrazarse a su cuello cuando le telefonean?

—La hija de mi patrona. Pero Peggy sólo tiene siete años, inspector.

—¡Hum!

Él coche tordo a la izquierda, enfilando la 25 Street, una calle silenciosa, bordeada de hotelitos con jardines. Frenó el *roadster* frente a uno de ellos, y los dos ocupantes traspasaron la verja, adentrándose en el pequeño jardín. Tolson pulsó el timbre de la puerta, y una doncella les franqueó la entrada, pasándoles al salón de la planta baja.

A los pocos minutos hacía acto de presencia un individuo de mediana edad, grises cabellos y unos ojos tenaces, no exentos de

jovialidad. Saludó a los visitantes y, a continuación, les invitó a penetrar en un recogido despacho adjunto al salón. Después de cerrar la puerta de corredera, míster Hoover se volvió de cara a los recién llegados, que ya se habían acomodado en sendos sillones junto a la amplia ventana de guillotina.

—Bueno, señores —comenzó míster Hoover—; aquí podremos hablar cómodamente durante todo el tiempo necesario, sin que nadie nos moleste. Por eso les cité en mi casa. —Hizo una pausa y continuó, dirigiéndose ahora a Randall—: Ayer Tolson me hizo grandes elogios de usted. ¿Lo sabía?

—El inspector afirma que el «Martel» se le había subido a la cabeza —rió el interpelado.

—No lo creo. Pocas cabezas tan firmes como la suya, ¿verdad, Tolson?

—Eso era antes. Ahora ya voy para viejo —masculló el aludido.

—Bueno —sonrió el jefe del

F. B. I.

—, vayamos a lo que importa... —Guardó de nuevo silencio, y volvió a dirigirse a Randall—: Tengo necesidad de usted para un asunto que ahora trataré de explicarle. Ignoro el alcance de su misión, porque, en realidad, el asunto es bastante turbio y susceptible de múltiples e imprevistas derivaciones. De lo único que estoy seguro es de que puede tener una excepcional importancia para nosotros. Ahora présteme atención y, al final cambiaremos impresiones.

Sobraba la recomendación. Tanto Randall como Tolson permanecían inmóviles en sus asientos, con los ojos clavados en míster Hoover, que se había concedido una nueva pausa. El jefe del

F. B. I.

avanzó hacia la mesa, y de allí cogió una carpeta, de donde extrajo un recorte de prensa que ofreció a Randall, al tiempo que le decía:

—Lea esto.

Se trataba de un gran anuncio periodístico en recuadro, concebido en estos términos:

«SENSACIONAL OFERTA DE

“ZICKEL. & CO”.

»¿POSEE USTED UN GRABADO COMO ÉSTE?».

(Bajo la interrogación, se ofrecía la reproducción de un aguafuerte que representaba un desnudo de mujer, al parecer negra, vuelta de espaldas y tendida sobre una especie de improvisado lecho. En su pie se leía:)

«La Negra», el conocido aguafuerte de Rembrandt, tamaño
80 × 157,
firmado por su autor y fechado en 1658, del que se conocen pruebas de dos estados.

«ZICKEL & CO.», la marca mundialmente famosa de aparatos de radio y televisión, busca un grabado como la muestra, no se sabe si legítimo o no, en cuyo dorso aparece escrito, del modo característico que inmediatamente se le revelará al poseedor, un nombre de mujer y una dirección.

«A quien lo presente en cualquiera de nuestras sucursales existentes en todo el país, le entregaremos, después de las debidas comprobaciones:

»Una prueba, ésta legítima, del primer estado del susodicho aguafuerte, valorada en SEISCIENTOS DÓLARES.

»Un aparato de radio y televisión “BLUE DART”, ojos y oídos del mundo, nuestro último y revolucionario modelo, cuyo precio es de OCHOCIENTOS CINCUENTA DÓLARES.

»Y un cheque al portador de ¡TREINTA MIL DÓLARES!».

Terminada la lectura, Bill Randall alzó sus ojos y los fijó en míster Hoover, que le contemplaba de pie, recostado en la mesa, sin despegar los labios.

—¿Qué le parece?

—Yo ya he visto este anuncio en diversos periódicos —expuso Randall, que; la verdad, se sentía desconcertado.

—Sí. Hace dos semanas que todos los rotativos del país lo insertan en sus páginas y, según mis noticias, la campaña publicitaria ya se ha iniciado también en Europa. Me gustaría saber su opinión sobre lo leído, Randall.

—No sé qué decirle, señor. Su actitud parece insinuar que aquí hay gato encerrado. Confieso mi torpeza. Yo sólo veo un anuncio bastante extraño, eso sí, pero sin que se me alcance su segunda intención, si es que la tiene. Cuando hace unos días me lo eché por primera vez a la cara, ya me sorprendió su rareza, pero pensé que se trataría de un nuevo truco publicitario. Todos los anuncios usuales están concebidos de un modo tan directo de cara al negocio, que el lector desinteresado aparta enseguida su mirada de ellos. Discurrí que, en este caso, la Zickel pretendía fijar la atención del público y anunciar su nuevo modelo de radio y televisión por un procedimiento bastante original: centrando la atención del lector en algo al margen del puro interés utilitario del anunciante, para de paso deslizarse la propaganda, que, de esta forma solapada, se asimilaría sin resistencias.

—¡Muy bien! —aprobó míster Hoover, con una sonrisa—. Eso mismo pensé yo en principio, y nadie me hubiese apeado de la sensata teoría si una apasionante circunstancia no me hubiese abierto los ojos, Échele ahora un vistazo a este papel.

Míster Hoover sacó de la misma carpeta una cuartilla, que alargó en silencio a Bill Randall. Clyde Tolson, que también había leído el anuncio y que, ante el giro que tomaba la entrevista, se sentía altamente intrigado, abandonó su sillón y, de pie, alargó el cuello por encima del hombro de su subordinado. Los dos hombres leyeron en silencio el siguiente texto, que aparecía mecanografiado:

«MATERIAL PARA TINTA INCOMBUSTIBLE
ENTREGADO AL

K-I

CON FECHA

27-9-44».

Bartsch

91 «La vuelta del hijo pródigo. —
156 × 135».

Firmado y fechado en 1636.

176 «Mendigos a la puerta de una casa». —
164 × 128.

—Segundo estado.
—Firmado y fechado en 1648.

199 «Mujer en el baño». —157 X 128.
—Firmado y fechado en 1658.

205 «La Negra». —80 X 157.
—Segundo estado.
—Firmado y fechado en 1658.

233 «El Molino». —144 X 207.
—Firmado y fechado en 1641.

A continuación, aparece un texto manuscrito:

«Devueltos por el
K-I
el 91, 176, 199 y el 233. El 205 queda en poder del
F-3
en fecha
22-4-45,
con nota al dorso que dice: “Cecile Marty. Ville
Annabella” (tinta verde).
»Mentón» (tinta roja).
«Pasa al “dossier”
A-7».

Firma ilegible.

Debajo, un sello con la siguiente inscripción:

«Secretaria 4.º. Asuntos confidenciales».

—Bueno, ¿pero qué diablos significa todo esto? —indagó Tolson que fue el primero en finalizar la lectura, dirigiéndose a míster Hoover.

—Ahora se lo explicaré. ¿Ha terminado ya, Randall?

—Sí, señor. Confieso que yo tampoco entienda mucho.

—Lo comprenderán en seguida. —Cogió el papel de manos de

Randall y, después de ponerlo sobre la mesa, se dirigió a sus interlocutores, diciéndoles—: En esa cuartilla se reproduce con fidelidad y convenientemente traducido, el texto en ruso de un documento que aún no hará dos días tuve en mis manos, y que obra en poder de una alta personalidad de nuestro país, a quién no hay por qué aludir ahora. Lo único que en este momento interesa, es subrayarles que este curioso documento formaba parte del archivo secreto del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético, en Moscú, de donde salió para venir a nuestras manos gracias a un relevante servicio de nuestros agentes en la U.R.S.S. Les ahorraré quebraderos de cabeza informándoles de la significación que, a nuestro juicio, posee el documento, después de laboriosas conjeturas... Se trata, como indica el titular, de una lista de material apto para tinta incombustible, entregado a un misterioso personaje (casi con seguridad un espía) en una fecha determinada de la pasada contienda mundial.

—Perdón —le interrumpió Tolson—. ¿Qué significa eso de «tinta incombustible»?

—No lo sabemos. Quizás una nueva tinta simpática capaz de hacerse visible al calor y bajo determinadas circunstancias. Digo esto último porque el procedimiento de revelar un mensaje secreto por el simple calor, no es muy nuevo ni eficaz. Tal vez el calificativo «incombustible» se haya empleado caprichosamente. En fin, de este punto nada sabemos y lo mejor será desentendernos, por ahora, de él. Sigamos: El material entregado al

K-I

con fines concretos ignorados, pero que fundadamente se pueden suponer relacionados con actuaciones del espionaje soviético durante la pasada guerra, lo constituyen cinco pruebas de otros tantos aguafuertes famosos de Rembrandt, cuya especificación no ofrece lugar a dudas. La lista nos da sus títulos, las características y los números con que aparecen registrados en el catálogo que de todos los grabados de Rembrandt publicó Adam Bartsch, en Viena, el año 1797, clasificación que es la que se sigue admitiendo hoy día entre los entendidos. Según se deduce de la nota escrita a mano que aparece bajo la relación de grabados, la lista quedó archivada hasta que, pasado cierto tiempo, se presentó el misterioso

K-I

para rendir cuentas. Entonces fue cuando se la sacó del archivo, y alguien, de su puño y letra, anotó al pie qué el

K-I

devolvía los grabados 91, 176, 199 y 233, y que el que faltaba, o sea el 205, quedaba en poder del

F-3

desde el 22 de abril de 1945. ¿Y cuál es este último? «La Negra», una prueba de segundo estado, con seguridad la misma que el cabo de los años busca hoy la Zickel, y por la que ofrece la fabulosa suma de treinta mil dólares amén de un aparato de radio y televisión, y otra prueba del mismo aguafuerte más valiosa aún que la que se busca, puesto que se trata de un primer estado. ¿Van comprendiendo? Los síntomas no pueden ser más reveladores: la Zickel busca la prueba de «La Negra» que aparece en esa lista, y no otra cualquiera. En el anuncio se habla de una en cuyo dorso aparezca escrito de una forma «que inmediatamente se le revelará al poseedor» un nombre de mujer y una dirección. Pues bien, en la nota a mano que aparece en la lista se lee, en relación con el grabado 205: «Al dorso: Cecile Marty. Ville Annabella (tinta verde) Mentón (tinta roja). Éste es el medio infalible de que se han valido para aislar esa prueba de “La Negra” de las demás; el medio de emprender su búsqueda sin temor al engaño, aun dando publicidad al nombre y dirección, porque a nadie se le ocurriría emplear para un mismo texto dos tintas que, además, no son corrientes».

—Creo que en este sentido las precauciones han sido exageradas, míster Hoover —intervino Randall.

—¿Por qué lo dice?

—La Zickel no nos especifica en sus anuncios el nombre ni la dirección. Basta comprobar si en el grabado aspirante al premio, se lee «Cecile Marty. Ville Annabella. Mentón» para estar seguros de no engañarse, porque nadie puede anotar semejante texto sin saberlo de antemano.

—Quizás la Zickel también lo ignore, y sólo sepa que se trata de un nombre y dirección escrito a dos tintas. ¿No ha pensado en ello? O tal vez no ha considerado prudente darlo a la publicidad. El asunto es muy complicado, y nada sabemos de sus múltiples detalles ni de sus fines últimos y, en esta situación, caben mil conjeturas. Pero a mí no me gusta fantasear más o menos

gratuitamente, cuando la acción puede disipar todas las sombras. ¡Óigame, Randall! Esta lista que nuestro servicio de espionaje sacó de Moscú, viene a demostrar que la campaña publicitaria de la Zickel no está hecha con fines propagandísticos, sino con la exclusiva finalidad de apoderarse de ese grabado de Rembrandt, que, por lo visto, posee una importancia excepcional. ¿Quién ansía tener en sus manos esa prueba de «La Negra» perdida, al parecer, no se sabe dónde ni cuándo, desde que en 1945 pasó a manos del F-3?

¿La Zickel? ¿El diablo entre bastidores? ¡No lo sé! ¿Qué representa el maldito grabado para quienes ahora lo buscan con tan gran interés? Tampoco lo sé. Ahora bien, si con los datos que ahora poseemos, actuamos sin más dilaciones, antes de que el grabado haga acto de presencia, es muy posible que cuando éste aparezca ya estemos nosotros al cabo de la calle de cuántos enigmas nos soliviantan en este momento, y en disposición de alcanzar la codiciada meta que en este instante sólo entrevemos vagamente. Tolson me ha hablado de usted como uno de nuestros más finos agentes. Ahora tendrá cumplida ocasión de demostrarlo. Del tacto con que desempeñe su misión, dependerá el éxito o el fracaso de este asunto, de un incalculable interés para nosotros. Esta misma noche saldrá usted en avión para Nueva York, donde radica la central de la Zickel. Allí tiene que averiguar quiénes mueven los hilos de todo este negocio, y qué interés concreto les guía. Usted va como un ciudadano cualquiera. Invéntese la historia de su vida que más le plazca, y encaje en ella del mejor modo posible estos hechos: Al echarse a la cara el anuncio de la Zickel, usted ha recordado que, en cierta ocasión, un amigo suyo, que vive completamente aislado en el campo, le enseñó un grato de Rembrandt, probablemente el que busca la Zickel, porque en su dorso aparecía escrito un nombre de mujer y una dirección en dos tipos de tinta, verde y roja. Entonces, usted se ha dirigido a la central de la Zickel, en Nueva York, para comprobar si es ésa la característica a que se alude en el anuncio. De ser así, usted podría indicarles dónde se encuentra el valioso grabado. Naturalmente, el paso lo ha dado usted con miras utilitarias, y desea que la Zickel recompense espléndidamente sus servicios. Por tal motivo, usted no pone de buenas a primeras las cartas boca arriba, y se reserva las señas de su amigo y cuántos

datos estime convenientes, en su lógico afán de sacar la mayor tajada posible. Estos forcejeos le darán ocasión de tratar de cerca a los directamente interesados en el asunto y posiblemente, de penetrar en sus ocultos designios. Todo dependerá de su habilidad. ¿Comprende, Randall?

—Perfectamente, señor.

—Bien. En Nueva York establecerá contacto conmigo por mediación de un individuo cuyas señas le daré. En cuanto llegue le telefonea, y, posteriormente, le va comunicando cuantas novedades surjan. Él, por su parte, se encargará de transmitirle nuevas instrucciones si hiciesen falta. ¿Conformes?

—Sí, míster Hoover.

—Bueno, ahora tome usted esto. —Le entregó un abultado sobre que cogió de la mesa, y continuó—: Dentro de él encontrará cuanto le hace falta para su misión. Váyase a su casa, y estúdiese bien todos esos papeles. Conserve sólo los que crea imprescindibles. Esta noche, a las once, vaya al aeródromo de Anacostia y pregunte por el teniente Hawking. Él le llevará a Nueva York.

Aquella tarde, Randall se la pasó íntegra en su cuarto, tumbado en la cama y fumando, mientras repasaba una y otra vez el contenido del sobre que le entregara míster Hoover: una copia de la famosa lista: un recorte periodístico con el anuncio de la Zickel; relación detallada de observaciones nacidas de la confrontación de ambos papeles; un pliego a máquina en donde se reproducían, pero ahora ampliadas hasta la minucia, cuantas instrucciones le diera poco antes el «patrón»; la tarjeta con la dirección y teléfono del enlace en Nueva York, y el modo convenido de darse a conocer como enviado de míster Hoover, y finalmente, quinientos dólares en billetes de a cien para gastos.

A las ocho, su sólida memoria ya había almacenado cuántos datos podían interesarle, y se deshizo de todos los papeles que se incluían en el sobre, con excepción de los quinientos dólares que guardó en su cartera.

Después de cenar estuvo jugando con Peggy, a quién le prometió volver de Nueva York con una muñeca grande «de esas que andan y cierran los ojos».

A las once y diez minutos, un «Curtis» de la «Oficina Federal de Investigación» despegaba del aeródromo de Anacostia, hundiéndose

en la noche. Empezaba la aventura.

CAPÍTULO II

Clark Marlit, el secretario del poderoso Arnold Zickel, se desesperaba con aquel hombre. No había forma de convencerlo. Creía, por lo visto, que todo el mundo se había conjurado para engañarle, y que si entregaba el grabado a otra persona que no fuese el mismo míster Zickel, ésta saldría corriendo, dejándole con dos palmos de narices.

El desconocido vestía un traje de confección, cuya baratura se traslucía a pesar de ser nuevo —seguramente se lo había puesto para la visita— y calzaba unos toscos zapatos de becerro. Se trataba sin duda de un pueblerino, desconfiado y cazarro por naturaleza.

—Mire usted, míster...

—Gray; me llamo Joe Gray, y vivo en Tolland, Connecticut.

—Perfectamente, míster Gray. Le decía que míster Zickel no puede recibirle. Está muy ocupado. Yo soy su secretario y persona de toda su confianza. Usted me da ese grabado, yo se lo enseño a míster Zickel, y si es efectivamente el que buscamos, salgo enseguida por esa puerta y entonces ultimamos el asunto. Como comprenderá, no le vamos a dar los treinta mil dólares y todo lo demás, sin que usted nos enseñe el grabado.

—Bueno, ¿pero, por qué demonios no puedo ver a míster Zickel? Yo tengo la estampa, y él el dinero. Lo natural es que míster Zickel y yo nos entendamos sin que medie nadie más. A mí, los tratos me gustan así. ¿No sabe usted lo que me ocurrió una vez en Tolland? Quería vender un caballo y...

—¡Está bien! —le interrumpió su interlocutor, mirándole con ira—. Espéreme aquí un momento.

Clark Marlit salvó la portezuela de la barandilla, cruzó frente a una secretaria que hacía guardia, sentada ante su mesa, junto a la puerta del despacho, y penetró en éste, cerrando la pesada hoja. A los pocos minutos volvía a salir y se dirigía al visitante, que

aguardaba pacientemente.

—Venga usted, míster Gray.

El aludido avanzó con lentitud, y se dejó conducir por su acompañante, que le introdujo en un suntuoso despacho, tras de cuya mesa se veía un caballero de unos cincuenta años, de ralo pelo gris y expresión no muy acogedora.

—Aquí está el hombre, míster Zickel —anunció el secretario.

—Está bien, Marlit. Déjenos solos... Y, usted, acérquese. Puede sentarse.

—Me llamo Joe Gray —dijo el visitante, cuando el secretario salió por la otra puerta lateral.

—Sí, sí, pero... a lo que importa: Usted dice que tiene el grabado que nosotros buscamos, ¿no es cierto?

—Claro que lo tengo.

—Muy bien. ¿Tiene la bondad de enseñármelo?

—Pues, verá usted... no lo he traído conmigo.

—Bueno, ¡pero qué diablos...! —masculló Zickel, contemplando a su interlocutor con ira manifiesta.

—Muy fácil: Comprenderá que una estampa que vale treinta mil dólares, no se puede llevar alegremente en el bolsillo. Podrían robármela —añadió, con un guiño malicioso de sus ojos—. Por eso la dejé muy bien guardada.

—¡Y cómo demonios podremos saber, sin verla!, ¿si es la que nosotros buscamos?

—¡Claro que lo es! En los periódicos se dice que por detrás lleva escrito un nombre de mujer con sus señas de una manera muy particular. Y en la estampa que yo tengo de esa negra, está escrito todo eso y, además, de esa forma rara.

—¿Cuál?

El visitante miró con desconfianza a uno y otro lado, como si quisiera percatarse de que estaban solos. Después arrimó la silla al borde de la mesa y avanzó la cabeza hacia su interlocutor, para decirle en tono de misterio:

—Una parte con tinta verde y otra con tinta roja... ¡Eh! ¿Qué tal?

—Muy bien —dijo su oyente, sin que al parecer le inmutase lo más mínimo la noticia que acababan de darle.

—¿Era ésa o no la contraseña?

—Ahora lo veremos.

—¿Pero es que no lo sabe usted? —preguntó el visitante, sin disimular su asombro.

—Ni lo sé ni me importa.

Hizo funcionar la palanqueta del dictáfono, y se oyó una voz de mujer: «¡Diga, míster Zickel!». El aludido habló:

—Telefonee a casa preguntando por mi sobrino, y póngame en comunicación con él. —Cerró el dictáfono y se encaró con el visitante—: Dentro de poco saldremos de dudas.

—Entonces, ¿es su sobrino quién...?

—Exactamente. Una historia fantástica hecha a su medida: El baile de disfraces en el «*Barnard Club*», la enloquecedora mascarita que cautiva su corazón y que después desaparece misteriosamente, y la búsqueda de ese grabado, en donde la linda dama estamparía de un modo convenido su nombre y dirección.

—No entiendo nada, míster Zickel. Yo creía que todo esto era propaganda.

—De rechazo sí. Y lo raro es que la idea se le haya ocurrido a mi sobrino, porque no es mala. Se intriga a la gente, y el nombre de nuestra casa circula de boca en boca. Habrá que creer que el amor agudiza la inteligencia. Desde luego, seguiremos insertando el anuncio aunque el grabado aparezca, porque...

En aquel instante sonó el timbre del teléfono, y míster Zickel asió el auricular, aplicándoselo a la oreja.

¡Hola, Edwin...! Sí, yo mismo. Te llamo porque se ha presentado un hombre diciendo que él tiene el grabado. Aquí está, en mi despacho... No, no; no lo trae consigo. Por lo visto tenía miedo de perderlo o de que alguien se lo robase... Sí, sí; explica que el nombre y la dirección aparecen escritos en dos tintas: verde y roja... ¡Me alegro! Pero cálmate; yo hablaré con él, y hoy mismo arreglaremos el asunto... ¡Eh...! Me parece una tontería pero, en fin, si tanta es, por lo visto, tu impaciencia... Bueno, bueno. De acuerdo. ¡Ah!, una cosa: desde luego, no pienso interrumpir la campaña. Nuestro departamento de publicidad así lo aconseja... Perfectamente. Adiós.

Míster Zickel colgó el auricular y se dirigió al desconocido, que durante todo el rato que duró la charla telefónica había permanecido inmóvil, guardando un respetuoso silencio.

—Bueno, amigo, está usted de enhorabuena. Acaban de confirmarme su suposición. La prueba que usted tiene es, en efecto, la misma que nosotros buscamos. La noticia ha encantado de tal forma a mi sobrino, que quiere verle inmediatamente. Él se entenderá con usted. Supongo que no tendrá inconveniente en ir ahora mismo a nuestra casa, en donde le espera, ¿eh?

—No. ¿Por qué? Así nos pondremos de acuerdo.

—Muy bien. Daré orden de que lo lleven a usted en mi coche.

Dio las oportunas instrucciones por el dictáfono y se despidió del visitante quien, a los pocos minutos, ascendía a un lujoso automóvil que ya le aguardaba frente al edificio de la «Zickel & Co.», en la bulliciosa Madison Square.

Jamás a un individuo de su aspecto, calzado con aquellos burdos zapatos y que llevase sobre su cuerpo un traje tan deficientemente confeccionado, se le brindarían, en la lujosa villa que los Zickel poseían en Riverside Drive, las facilidades y atenciones que le fueron dispensadas aquel día a Joe Gray.

El chofer le condujo deferentemente hasta el remate de la corta escalinata. Allí, un mayordomo se hizo cargo de él y le acompañó por el amplio vestíbulo y por la brillante escalera, que llevaba al primer piso. En aquel punto, pasó a la jurisdicción de una linda doncella, que lo condujo a lo largo de diversos pasillos. Y todo ello sin que Joe Gray tuviese necesidad de despegar los labios. Los distintos relevos parecían estar perfectamente informados de la calidad del visitante, que pasaba de unas manos a otras sin hacer el menor comentario. Finalmente, bajo el marco de una puerta, se dibujó la figura de un joven como de treinta años, impecablemente vestido de azul marino, que sonrió con amplitud al recién llegado como si le conociese de toda la vida. Entonces, la doncella se retiró discretamente.

—¡Pase usted, pase! Yo soy Edwin Zickel.

—¿El sobrino de míster Zickel?

—El mismo.

—Mi nombre es Joe Gray, de Connecticut.

—¡Encantado de conocerle, míster Gray! Entre; le presentaré a mi hermana.

En la acogedora estancia, con amplios ventanales que daban vista al Hudson, Joy Gray divisó a una joven, encantadora por cierto, que aparecía displicentemente sentada en un sofá, con sus ojos dirigidos hacia él. También sonreía, pero en la expresión de aquel rostro no se advertía la espontaneidad y alegría febril que parecía inundar la faz de su hermano. Se traslucía a cien leguas que no participaba de sus emociones, y que su presencia en aquel lugar y en tal ocasión, sólo tenía por objeto ejercitar sus finas dotes de observadora y calmar su femenina curiosidad. Saludó con cortesía al visitante y, después, se dedicó a estudiarlo con ojos fiscalizadores, mientras el hermano lo atendía sin darse punto de reposo.

—¿No le gustaría beber algo, míster Gray?

—No, no; muchas gracias.

—Siéntate ya, Edwin. Y procura calmarte. No sé lo que pensará el señor.

—¿Qué puede pensar? Que estoy muy contento. ¿Es pecado, acaso? —Se dejó caer de golpe en el sofá junto a *miss* Zickel, y, por breves segundos, lo miró con expresión radiante. Después le dijo—: Sí, míster Gray, éste es el día más feliz de mi vida, y a usted se lo debo. Le confieso que ya desesperaba de encontrar ese precioso grabado. Conforme pasarían los días crecía mi incertidumbre, y al final juzgaba que ya no lo hallaría nunca. ¡Usted no puede figurarse lo que ese grabado significa para mí!

—Yo supuse que se trataba de una publicidad estrictamente comercial.

—No, no. Quizás la idea se haya revelado como un buen truco publicitario, pero mi intención no era ésa, precisamente. Es más, en principio pensé insertar los anuncios de un modo anónimo, sin dar el nombre de nuestra compañía ni hablar para nada de aparatos de radio. Fue después, aconsejado por Nick Barton, cuando discurrí que nada podía perderse haciendo de paso propaganda comercial, como si el anuncio hubiese salido de nuestro departamento de publicidad, incluso la búsqueda ganaría en efectividad, y además los motivos reales quedarían convenientemente disfrazados, y el público no podría meter sus narices en un asunto íntimo que a nadie le importa.

—Por lo visto, míster Gray —intervino *miss* Zickel, dirigiéndose

al visitante con una sonrisa—, usted no es «publico» para mi hermano.

—¡Naturalmente! —Corroboro el aludido—. Míster Gray es desde hoy uno de mis mejores amigos, siempre, claro está, que él no se oponga a ello.

—Al contrario, para mí sería un honor.

A *miss* Zickel se le hizo patente en aquel momento el extraño contraste que parecía ofrecer la corrección en actitudes y palabras de aquel personaje, con su burdo atuendo, y se echó a reír. Pero inmediatamente trató de disculparse.

—Perdón —dijo, dirigiéndose a él—. Me he reído al pensar que tanto usted como mi hermano parecen haberse olvidado ya del motivo de la entrevista.

—Tiene usted razón, *miss* Zickel. Al menos, por lo que a mí respecta. Confieso que no esperaba una acogida tan cordial, y me declaro confundido y, ¿por qué no decirlo?, intrigado.

—El enigma posee una fácil solución: mi hermano está locamente enamorado de una mujer a quién suponía perdida para siempre. Pero llega usted, y su presencia le dice que esa mujer no le ha olvidado, que tal vez le corresponde. Como es lógico, dado su carácter, la noticia le ha trastornado hasta el grado que puede ver. Supongo, Edwin, que no habré sido indiscreta.

—En absoluto. No me importa que míster Gray lo sepa.

—¡Ahora es cuando menos lo entiendo! —exclamó Joe Gray—. ¿Qué tiene que ver mi presencia con...?

—No se trata estrictamente de su presencia —le interrumpió Edwin Zickel—, sino de algo relacionado con ella. Es una historia que contada esquemáticamente puede parecer increíble. Hay que haberla vivido con todo detalle y, sobre todo, haber conocido a aquella mujer para entenderla. Y no le hablo como un enamorado, míster Gray. Mi hermana, que la vio y conversó con ella, no me dejará mentir.

—No niego, en efecto —intervino *miss* Zickel con una sonrisa, que fuese muy bonita y con un encanto peculiar muy suyo. Pero esto no os disculpa ni a Nick ni a ti, que os pasasteis la noche pendiente de ella como si yo no existiese.

—Creo que eres injusta con Nick. Por lo que a mí respecta, el hecho es cierto... Aquella noche Nick Barton, el dueño del

«*Barnard Club*», nos invitó a un baile de disfraces que celebraba en su local. ¿Habrá oído hablar de Nick Barton, no?

—Pues, no —aseguró Joe Gray—. No soy de aquí. Vivo en Connecticut.

—De todas formas, su nombre ha rebasado las fronteras del Estado de Nueva York. Un gran tipo, desde luego, del que se rumorea que ha hecho su fortuna de modo poco edificante, como si las grandes fortunas se pudiesen hacer llevando una vida de trabajo y de ahorro... ¡Bah! Tontos puritanismos. Para mí lo que cuenta es que Nick Barton es un tipo agradable y con personalidad, y por eso soy amigo suyo. Pero, a lo que iba. Le decía que nos invitó a la fiesta de su club. En realidad, este tipo de festejos nunca me agradaron mucho, pero a mi hermana sí, y tuve que acompañarla. Me vi obligado a encajarme un dominó y hacer pareja con Evelyn, que también iba convenientemente disfrazada. Nick nos había reservado un palco, y se unió a nosotros. Yo asistía más bien de espectador, y cuando me quedaba solo, porque mi hermana y Nick salían a bailar, maldecía de haber concurrido a la fiesta. En una de estas ocasiones me percaté de la presencia de una dama en el palco frontero al nuestro. También estaba sola y por lo visto, se aburría como yo. Tal fue la circunstancia que hizo que en principio me fijase en ella. Pero pronto mi interés derivó por cauces mucho más apasionantes. Me di cuenta de que aquella mujer era extraordinariamente hermosa. Iba disfrazada de dama de corte del Segundo Imperio francés, y se cubría el rostro con un diminuto antifaz de seda negro orlado de encajes. No sé cómo trabamos conversación. Yo hice el comentario de rigor que en mí era sincero: me parecía absurdo que un hombre pudiese olvidarse de la cita con una mujer como ella. La invité a bailar, y la dama aceptó. Cuando regresamos le rogué que pasase a nuestro palco. Se la presenté a Nick y a mi hermana. Ahora la fiesta se deslizaba maravillosamente, y mi murria había desaparecido como por encanto. Nick me aseguró que jamás la había visto hasta entonces, y cuando, siguiendo nuestro juego, se quitó el antifaz, me confirmó su primera impresión. Renunció a ponderarle sus encantos de todo orden y la repercusión que en mi ánimo producían conforme pasaba el tiempo, porque no sabría hacerlo. Bástele saber que, al final, me sentía profundamente subyugado, a pesar de que nada sabía de su vida;

quizás por eso mismo. Incluso me dio un nombre que, según me aseguró después, no era el suyo verdadero. Creí que se trataba de un juego. Pero no fue así. Lo comprendí cuando inesperadamente me anunció que tenía que ausentarse. En aquel momento estábamos solos en el palco, y ella hablaba de marcharse antes de que regresasen mi hermana y Nick. Me desesperó su actitud. Hasta entonces ninguna mujer había soliviantado mi ánimo de aquel modo; estaba sin duda enamorado por primera vez en mi vida, y de súbito, absurdamente, tenía que renunciar al objeto de mi pasión. Ella esgrimía misteriosas razones que yo no comprendía bien, pero que a juzgar por su irreductible actitud, pesaban como argumentos decisivos en su ánimo. La perdía decididamente. Y entonces fue cuando ella me brindó el juego que al final acepté, convencido de que era la única salida que me quedaba si no quería perderla para siempre. Con anterioridad me había mostrado un grabado que, según me explicó, había adquirido aquella misma tarde. Se trataba de una excelente prueba de «La Negra», el conocido aguafuerte de Rembrandt. Era muy entendida en la materia, y se sentía verdaderamente ilusionada con la compra. Pues bien, en aquel momento volvió a sacar el grabado del bolso, y me dijo que en su dorso escribiría su nombre y dirección. Si tanto deseaba volverla a ver, *sólo* tendría que localizar aquella prueba de «La Negra», de la que —lo prometía solemnemente— se desprendería en el curso de los días siguientes en cualquier lugar de América o de Europa, porque —ahora me lo decía— pasadas veinticuatro horas, saldría de Nueva York y, una semana más tarde, embarcaría para Europa.

Edwin Zickel se concedió una pequeña pausa en su relato, y miró a su interlocutor, quien, al parecer, aguardaba con sumo interés a que reanudase el discurso, sin hacer el menor comentario. Continuó:

—Comprendo muy bien que otro cualquiera en mis circunstancias hubiese tomado por locura tal proposición. Yo, no. La razón fue muy sencilla: en aquel instante intuí de un modo muy claro que su propuesta no respondía a un frívolo capricho, como tampoco su rara conducta al negarse a revelarme su nombre, al rehusar mi ofrecimiento de acompañarla, y a su afán de marcharse tan misteriosamente como entrara. Todos estos hechos obedecían a una misma causa oculta, a una lógica subterránea de la que ella

poseía la clave y que, sin duda, la disculpaba plenamente. ¿Qué mejor prueba de mi rendida admiración por ella que brindarle una ciega confianza, que testimoniarle mi fe en la legitimidad de sus actos y palabras, que otro cualquiera hubiese juzgado disparatados? Por eso acepté. Mi actitud le impresionó. De esto estoy seguro. Ultimamos los detalles con toda seriedad. Me dijo que para evitar posibles fraudes escribiría lo prometido en dos clases de tinta, verde y roja, circunstancia que sólo ella y yo conoceríamos, y que hasta ahora me he reservado escrupulosamente. Marchó. Cuando regresaron Nick y mi hermana les conté lo ocurrido. Los dos opinaron lo mismo: que se trataba de una broma. Pero yo estaba seguro de que aquello no era un juego, sino una conducta necesaria impuesta por causas ocultas y poderosas. Les anuncié mi decidido propósito de emprender al cabo de unos cuantos días la búsqueda del grabado valiéndome de una campaña de anuncios periodísticos. Y entonces fue cuando Nick, convencido de la firmeza de mi propósito, me aconsejó que fuese la Zickel, nuestra compañía, la encargada de localizar el grabado, desarrollando de paso una original campaña publicitaria que tal vez se revelaría comercialmente eficaz. Le hablé a mi tío Arnold, y éste aceptó la idea como un mal menor. Las previsiones de Nick se cumplieron, y, según parece, hoy es nuestro departamento de publicidad quien aconseja que la campaña no se interrumpa. Pero me separo del tema que nos interesa... Desde la fecha del baile en el «Barnard», hará un mes aproximadamente, he pasado por momentos bien amargos, hasta que, por fin, se han disipado todas mis incertidumbres. Hoy sé que mi fe en ella no era locura, sino algo vivo y auténtico que surgió milagrosamente en mí al conjuro de su presencia; ella ha cumplido su promesa, y esto posee para mí una entrañable significación: ella me espera. Su presencia, míster Gray, demuestra que yo tenía razón y colma todas mis esperanzas. ¿Comprende ahora mi actitud, y todo lo que para mí representa recibirle hoy en mi casa?

Joe Gray, que hasta aquel momento había seguido con rostro imperturbable, pero sin duda interesado, el largo relato, guardó todavía unos segundos de silencio antes de responder:

—Lo comprendo, míster Zickel. Y no sé cómo agradecerle su actitud conmigo, sobre todo admitiendo que no existe el menor

mérito por mi parte. No olvide que mi presencia aquí no es muy desinteresada. Al contrario, ha sido un interés bien concreto el que ha guiado mis pasos. Usted lo debe saber.

—Cierto, pero no me importa. Por otra parte, es muy justo que usted cobre lo que honradamente le pertenece. Dígame, señor Gray, ¿cuándo cerramos el trato? ¿Cuándo me traerá el grabado? Creo que comprenderá mi impaciencia.

—La comprendo perfectamente, aunque presumo que no es el grabado precisamente lo que con tal ansia debe esperar.

—Usted lo ha dicho. En realidad, lo único que me interesa es saber lo que hay escrito en su dorso: el nombre y la dirección de ella. Lo demás se lo regalo.

—¿Quiere decir que sería capaz de regalarme ese grabado?

—Sin duda. Pero creo que se le ofrece una prueba más valiosa para usted del primer estado.

—Sí, sí; pero ahora se trata de otra cosa. Ustedes ofrecen, en efecto, otra prueba del mismo aguafuerte, pero después de lo que me ha contado, a mí me gustaría quedarme con la que ahora tengo, renunciando, claro está, a la primera.

—No comprendo. ¿A título de qué?

—A título de un recuerdo anecdótico, míster Zickel. Lo que me ha contado es algo tan extraordinario que me gustaría conservar...

—Ya entiendo. Lo malo es que el grabado posee para nosotros —para mí y para ella— un valor sentimental mucho mayor que el que pueda significar para usted.

—Tiene razón —reconoció Joe Gray, con una sonrisa—. Disculpe mi tontería, míster Zickel.

—¡De nada, amigo! Y ahora concretemos: ¿cuándo me traerá el grabado?

—Mañana por la mañana, sobre estas horas.

—¿No podría ser esta misma tarde, míster Gray?

—Imposible.

—Está bien. Me resigno. ¿Y un avance que no le comprometa a nada, no podría concederme? Por ejemplo: decirme su nombre, el nombre de ella. Eso solo.

—Se llama... Diana —informó Joe Gray, sin desviar la mirada de su interlocutor—. Así aparece escrito.

—¡Diana!... —exclamó Edwin Zickel, paladeando la palabra con

gesto de arrobo—. No podía ser otro. ¡Es maravilloso!

Miss Zickel se echó a reír, y su hermano, al reaccionar, dio señales de un azoramiento muy comprensible.

—Discúlpenme —dijo—. Ya sé que me conduzco de un modo pueril, tal vez ridículo, pero ¡me siento tan contento, tan emocionado!...

—No tiene que excusarse, *míster Zickel*. Ya me hago cargo.

Momentos después *Joe Gray* se despedía de ambos hermanos. *Edwin Zickel* acompañó al visitante hasta la misma puerta de la mansión que daba al jardín. Allí se despidió de él, hasta el día siguiente.

CAPÍTULO III

Acababa de llegar de la calle. Después de cerrar la puerta del cuarto que ocupaba desde la noche anterior en el «Beverly», se dirigió a la cama, en donde se sentó, inmovilizándose. Tenía la seguridad de que le habían seguido desde que saliera de la mansión de los Zickel hasta la misma puerta del hotel. Primero fue un individuo a pie que vestía gabardina y un sombrero de fieltro verde. Más tarde, cuando tomó un taxi, creyó haber sido víctima de un engaño, porque su presunto perseguidor continuó su camino, alejándose por la acera con aire de indiferencia. Pero entonces hizo su aparición un coche barnizado brillantemente de azul, que ya no se despegó del taxi hasta que éste se detuvo a la puerta del «Beverly». El coche azul frenó también, y uno de los dos ocupantes pisó la acera y allí estuvo conversando con el conductor hasta que Randall desapareció por la puerta giratoria del hotel. Bien. Sin duda el misterioso peatón y los dos tipos del coche obraban de común acuerdo para seguirle los pasos, según el medio de locomoción que él emplease.

Bill Randall se pasó la mano por la cara, y después expelió aire con los labios apretados. Se sentía algo excitado. Alargó el brazo, y asió el auricular del teléfono que se veía sobre la mesilla de noche.

—Oiga, señorita: plaza, siete, cuatro, ocho, cero, dos.

Con la mano libre sacó el paquete de cigarrillos y se puso en los labios uno, que no llegó a encender, porque en aquel instante alguien le hablaba desde el otro extremo de la línea.

—¿Carey?

—El mismo.

—Soy Joe.

—Hola, Joe. Creí que ya no me iba a telefonar.

—Tuve que hacer un encargo. Dentro de una hora nos podremos ver. Si no pudiese ir, ya telefonaría.

—Muy bien. Hasta luego, Joe.

Colgó el auricular. Después se incorporó, arrojó el pitillo intacto sobre el lecho, y se dirigió al armario, de donde sacó un traje gris y un par de zapatos. A los pocos minutos ya se había cambiado de indumentaria. Pero al consultar el reloj de pulsera tuvo un gesto de irritada impaciencia. A continuación se dedicó a pasear por la estancia, con evidente nerviosismo. De vez en cuando se detenía frente a la ventana para contemplar con aire absorto el tráfico de autos y viandantes de la calle. Finalmente, pasados unos veinte minutos, se embutió en un abrigo de entretiempo, y cogió el sombrero. Si alguien le esperaba a la puerta del hotel, tal vez no le reconociese con su nueva indumentaria, y pudiese esquivar la vigilancia. En caso contrario no vería a Carey y le telefonearía.

Al pisar la acera echó a andar aprisa, en dirección a la Séptima Avenida. A los diez minutos estaba convencido de que nadie le seguía los pasos. Entonces detuvo a un taxi y subió a él.

Abut Carey se mantenía pacíficamente sentado en la butaca. Era un hombre alto y delgado, casi escuálido, con el pelo ralo aplastado sobre el cráneo. Daba la impresión de un tipo decadente, abúlico. Pero cuando sus ojos miraban se desvanecía esta primera impresión. Clavaba su mirada en Randall, que en aquel momento se mantenía de pie y de espaldas, curioseando, al parecer, por la ventana del vulgar dormitorio lo que ocurría en la calle.

—¿Y cuál es su opinión, Randall?

El aludido se volvió con presteza hacia su interlocutor.

—Ni el tío ni el sobrino están en el «negocio». Esto es claro como el agua. Arnold Zickel ignoraba la contraseña, y su sobrino me contó una historia, todo lo peregrina que se quiera, pero que no tenía la menor necesidad de referirme. Al contrario, de ser él quien moviese los hilos de esta trama, su relato sólo podía acarrearle inconvenientes. Explica que el nombre y las señas fueron escritos por la dichosa mascarita, en fecha reciente, a partir de la celebración de la fiesta hará un mes en el «*Barnard Club*». Si lo que cuenta es pura invención, no lo creo tan torpe como para no admitir que el grabado que intenta localizar figure en mi poder desde mucho antes de ese plazo, y que, por lo tanto, con su estúpida historia solo conseguiría despertar en mi ánimo recelos

innecesarios. Yo le avancé el nombre de la dama, y di uno a puro capricho que no es el que figura en «La Negra»: Diana. Lo admitió de plano y con una sonrisa de tonto seráfico que no puede engañar. Le repito que ni él ni su tío están en el ajo. La historia que cuenta, por inverosímil que parezca, es cierta. Aquella noche, en el baile de disfraces del «*Barnard Club*» se representó esa comedia que el bobo de Edwin Zickel se tragó ingenuamente, tomándola al pie de la letra. Se trataba de engañar a un joven muy impresionable, cargado de millones, un niño mimado para quien las más locas fantasías pueden tomar asiento en la realidad. Alguien que le conoce muy bien, montó la farsa con los fines que fácilmente se pueden suponer. Todo ocurrió con arreglo a lo previsto. La pérfida mascarita enloqueció al infeliz de Edwin. Entonces le propuso el plan. Ella escribiría su nombre y dirección en el grabado que había adquirido aquella misma tarde, y él, si tanto deseaba volver a verla, se encargaría por todos los medios de localizarlo. Pura filfa. Ni aquel grabado que ella le mostró es el que se busca, ni la mascarita escribió después nada en él. La romántica anécdota sólo perseguía crear el aparato ideal para localizar la prueba de «La Negra» que aparece registrada en la lista cuya copia me enseñó míster Hoover.

—¿De quién sospecha, pues?

—De Nick Barton, un personaje demasiado conocido para olvidarlo. Él fue quien invitó a los hermanos Zickel a la fiesta, y en su club, ¿comprende? Esta misma noche me pasaré por el «Barnard», y creo que saldré de dudas.

—Vaya con cuidado, Randall.

—No hay que preocuparse. Mientras crean que yo tengo el grabado, el concierto corre de mi cuenta y seré yo el que maneje la batuta.

—Usted mismo me ha dicho que ya le vigilan. Pueden descubrir su juego.

—Por ahora no lo creo, y hay que aprovechar el tiempo. Después... ya veremos.

—Transmitiré sus noticias. De surgir algo imprevisto, ya le avisaría. Usted ya sabe dónde estoy.

—De acuerdo.

Abut Carey se alzó de la butaca, y acompañó a Randall hasta la salida. Después cerró con llave la puerta del dormitorio. Se dirigió

hasta el borde del lecho, y allí se arrodilló, sacando de debajo de él una maleta que, al abrirla, mostró en su interior una diminuta emisora.

Al poco rato, en el dormitorio de la modesta *boarding house* se percibía una voz apagada y monótona sobre el confuso fondo ruidoso de la calle:

—¡Control

A-2!...

¡Control

A-2!...

¡Habla Carey!... ¡Habla Carey!...

A su llegada al «Beverly», una hora más tarde, después de pasarse por un restaurante, le aguardaba una sorpresa. Un *boy* le condujo hasta el mostrador de la chica de la centralilla, y ésta le transmitió el recado: aun no haría treinta minutos que habían telefonado preguntando por él.

—¿Por mí? ¿Quién era?

—No quiso dejar el nombre, míster Gray. Sólo dijo que le urgía hablar con usted, y al responderle que había salido, me dio este número de teléfono, recomendándome que no me olvidase de transmitírselo en cuanto llegase, con el encargo de que telefonease usted enseguida.

—Está bien.

En el papel se leía «Circle 8092», o sea simplemente un número telefónico. No podía ser Carey, con quien, por otra parte, se acababa de entrevistar. Claro que únicamente Carey sabía que él se hospedaba en el «Beverly» bajo el nombre de Joe Gray... De pronto adivinó que el misterioso comunicante no debería ser ajeno a la vigilancia de que fuera objeto por la mañana, a la salida de la mansión de los Zickel. Sí; he ahí, sin duda, el medio de que se valió para localizarle. Y ahora le llamaba. ¿Quién? ¿Para qué?

Pronto saldría de dudas.

Penetró en la cabina, y cerró la puerta. Después marcó el número. Una voz de hombre algo chillona le respondió del otro lado.

—¡Oiga! Soy Joe Gray. Me acaban de decir que alguien deseaba hablar conmigo desde ese teléfono.

—Espere un momento, míster Gray.

No pasaron dos minutos, cuando otra voz, ésta más grave, sonó en el auricular:

—¿Míster Gray?

—El mismo. ¿Quién es usted?

—No sé si le sonará mi nombre. Me llamo Nick Barton.

—Pues, sí... Pero no comprendo. Yo a usted no le conozco personalmente, y además...

—No se preocupe. Le quiero hacer una proposición muy ventajosa.

—¿Sobre qué?

—Sobre ese grabado que posee. Esta mañana, cuando salió usted de casa de los Zickel, uno de mis hombres le siguió los pasos hasta el hotel. Por eso estoy enterado de su dirección. Ya ve si es sencillo.

—Bueno, pero... yo no...

Randall fingía el más profundo desconcierto, y su oyente se echó a reír con jovialidad.

—No se torture más la cabeza, míster Gray. Es usted el hombre de la suerte. Venga a mi despacho, y, como le he dicho, le haré una proposición que le encantará. De paso le aclararé todas las dudas. ¿Conformes?

—¿Qué puedo decirle? No comprendo nada, pero iré.

—¡Magnífico! No se arrepentirá. Mi coche pasará a recogerlo dentro de poco.

—No hace falta que se moleste, míster Barton.

—¡Si no hay la menor molestia! Lo dicho: usted aguarde ahí, y hasta pronto.

Subió a su cuarto. Al poco tiempo le anunciaron que un auto le esperaba en la calle. Descendió al vestíbulo, y un individuo uniformado con polainas y gorra de plato avanzó a su encuentro a indicación de un botones.

—¿Míster Gray?

—Sí. Usted será el chofer de míster Barton, ¿verdad?

—Así es. Afuera tengo el coche.

—Pues vamos allá.

A los veinte minutos el lujoso sedán se detenía frente a la marquesina del «*Barnard Club*», en la Calle Cuarenta. El chofer le acompañó hasta la puerta, y el portero, que salió al oír el timbre,

descorrió los cierres metálicos, dejando el paso franco. Atravesaron el lujoso vestíbulo, y luego la sala de fiestas sumida en la penumbra y completamente desierta, pero dispuesta ya para recibir aquella noche a la alegre y distinguida clientela. El chofer le precedía sin despegar los labios. Subieron por una brillante escalinata y penetraron en un amplio despacho de muebles niquelados, iluminado suavemente por luz indirecta, y, a continuación, en un saloncito íntimo y acogedor.

—Espere un momento —rogó el chofer.

Golpeó con los nudillos en otra puerta, y desapareció de la vista de Randall, cerrándola tras de sí. Segundos más tarde salió y le invitó amablemente:

—Pase usted, míster Gray.

Se trataba de otro despacho, también interior, pero de un carácter muy diferente al primero. Aquí imperaba la madera tallada y los gruesos cortinajes de rojo terciopelo. Randall odiaba estos últimos. Sabía por experiencia, lo que podía ocultarse tras ellos. Cuando menos, oídos indiscretos. Pero en aquel instante él era Joe Gray, un pacífico ciudadano de Tolland, Connecticut. Por eso había acudido a la entrevista sin su «Lugger», la inseparable compañera de tantas aventuras. Amparado en la ficticia personalidad, sus únicas armas deberían ser el ingenio y la sangre fría. Compuso un rostro de circunstancias, y sonrió al hombre que avanzaba para saludarlo.

—Soy Nick Barton, míster Gray.

—¡Mucho gusto!

Por primera vez se encontraba cara a cara con aquel hombre cuya efigie habían prodigado los periódicos en diversas ocasiones, sobre todo, aun no haría ocho meses, con motivo del escándalo que produjo la caída del *attorney* John MacGregor, acusado de favorecer con fines no muy altruistas ciertos manejos ilegales de Nick Barton, relacionados, al parecer, con el incremento en el Estado de Nueva York de los garitos dedicados a los juegos de azar. Tales sospechas no eran óbice para que todo el mundo siguiese considerando a Nick Barton como un hombre encantador, joven todavía —apenas rebasaba los cuarenta—, de aire mundano y sonrisa amplia y comprensiva.

Nick Barton hizo sentar al recién llegado, y después le invitó a beber algo. Como éste rehusase, Nick declaró que a él tampoco le

entusiasma la bebida.

—Un cigarrillo sí me aceptará, ¿verdad? —sonrió.

—Desde luego.

—¡Magnífico!... Me da la impresión de que nos vamos a entender muy bien, míster Gray. Lo leo en su rostro, y yo pocas veces me engaño.

Se sentó frente a Randall en otra butaca, y abordó el asunto sin más preámbulos y con toda desenvoltura.

—Esta mañana me informaron de su visita y del objeto de ella a casa de los Zickel. Cuando usted salía de celebrar la entrevista, gente a mi servicio le siguió los pasos hasta el hotel en que se hospeda. Una medida necesaria, porque yo tenía interés en hablar con usted. Espero que no le hayan causado molestias.

—Ni me enteré que me seguían. Por eso cuando usted me telefoneó me llené de asombro. No lo entendía.

—Ahora ya lo comprende, ¿verdad?... ¡Muy bien!... Vamos a ver, míster Gray: ¿qué espera sacar de este asunto?

—¡Eh!... Creo que es bien fácil.

—Me alegro de que lo considere así. Usted posee un grabado, y la Zickel le ofrece por él algo más de treinta mil dólares. A usted le encanta la oferta, ¿no es eso?

—Naturalmente.

—Sí; hay que reconocer que el precio no está mal, considerando que la máxima cotización que hasta ahora ha alcanzado una buena prueba de «La Negra» nunca ha rebasado los mil dólares.

—Bueno, pero es que la mía es ejemplar único de características muy especiales —apuntó Randall con un guiño de sus ojos.

—¡Bravo! —rió Nick Barton—. Me gusta tratar con gente lista, y usted lo es sin duda; sí, señor. ¿Qué haría usted, míster Gray, si algún loco le ofreciese por su grabado mejores condiciones aún que las de la Zickel?

—Muy fácil: pondría inmediatamente el grabado en manos de ese loco. Yo tengo una mercancía, y se la cedo al mejor postor. Nadie puede reprocharme nada.

—Exacto. Pues bien, yo puedo ser ese loco si usted se aviene a ciertas condiciones.

—¿Cuáles?

—Discreción absoluta por su parte. A usted sólo debe interesarle

percibir el precio que convengamos. Esto por un lado; por otro, garantía de que la prueba que usted posee es la que busca la Zickel.

—De eso último no hay duda. El sobrino de míster Zickel quedó esta mañana convencido de ello.

—A mí también puede convencerme. ¿Cómo aparece escrito el nombre y la dirección?

—En tinta roja y verde.

—¿Y cuál es el texto?

—Eso no se lo diré. Míster Zickel fue esta mañana más discreto, y sólo me preguntó por el nombre, que a nada compromete.

—Lo dicho: es usted una verdadera alhaja, amigo —rió Nick Barton—. Dígame entonces el nombre. Me conformo con eso.

—Diana —silabeó su oyente.

—¿Está usted seguro?



—Me llamo Joe Gray, y tengo el grabado que
ustedes buscan.

El tono con que fue formulada la pregunta, y la expresión dura e inquisitiva que asomó a los ojos de Nick, no pasaron inadvertidos para Bill Randall, que respondió:

—Eso le dije a Edwin Zickel, y se lo creyó.

—Yo también puedo creérmelo, míster Gray.

—Sí; pero a usted no quiero engañarle. El nombre es Cecile.

Nick Barton rió en tono bajo, sin hacer el menor comentario. Después de la pausa advirtió:

—Ahora falta su conformidad a la primera condición.

—Yo sólo me cuido de mis intereses, y de lo demás nada me importa —declaró Randall—. Si su oferta me satisface, puede contar con mi absoluta discreción. ¿Eso es lo que desea de mí?

—Eso mismo. Me gusta usted, míster Gray. Sabe enfocar los problemas de un modo realista y convincente. Igual que yo. Nos entenderemos. Mejoro la oferta de la Zickel, y le ofrezco cuarenta mil. ¿Qué le parece?

Pero, contra lo esperado, su interlocutor guardó un silencio, pensativo, que sorprendió altamente a Nick.

—Verá... —dijo al fin—. Esta mañana, el sobrino de míster Zickel me explicó el motivo de la campaña publicitaria, contándome una historia. Según ella, el nombre y las señas que aparecen en mi grabado fueron escritos hará un mes o menos. Pero eso no puede ser, porque esa prueba de «La Negra» la tengo yo en mi poder desde hace bastante más tiempo.

—¿Qué quiere insinuar? —interrogó Nick Barton, cuyo rostro cobró de pronto una severidad agresiva—. Me desagrada comprobar que no es usted tan discreto como prometía.

—Dese cuenta de que todavía no hemos cerrado el negocio. Yo sólo trato ahora de defender mis intereses. Creo que cuarenta mil es poco.

Nick Barton le miró, y se echó a reír. Parecía haberse recuperado de su sorpresa anterior, y hacía gala de su habitual desenvoltura.

—Se pierde usted de listo, amigo —sonrió, incorporándose en el asiento y propinándole una palmadita en el hombro—. ¿Con cuánto se contentaría?

—Cien mil —expuso Randall, seguro de exagerar la nota y con la finalidad de llegar a un forcejeo del que esperaba sacar algún provecho. Pero, para asombro suyo, Nick encajó la petición sin inmutarse lo más mínimo.

—No es poco —opinó—. De todas formas tenemos que llegar a un acuerdo, de modo... ¿Quiere esperarme aquí un momentito? Enseguida vuelvo.

Nick Barton se dirigió a unas de las puertas laterales; dejando

caer la pesada cortina. Randall quedó solo. ¿A dónde diablos habría ido? Se extrañaba de la facilidad con que el hombre había admitido su exorbitante demanda. Giró la cabeza en uno y otro sentido. Cada vez le gustaba menos el aspecto de aquel despacho, y además... De pronto apretó los puños. Algo se rebullía detrás de uno de los cortinajes que cubría una de las salidas fronteras. Aquello era una encerrona. Seguro. Había caído en el cepo como un incauto pajarillo. Se acordó de su «Lugger», y maldijo no haberla traído consigo. Después desechó la idea. Él era Joe Gray. Pasase lo que pasase, éste era su papel. No lucharía. Fingiría sorpresa y espanto. Todo esto lo pensó en una décima de segundo.

Cuando la mano terminó de apartar la cortina, Randall, mejor dicho, Joe Gray, se puso en pie, sobrecogido, al parecer, de temor y sorpresa.

—No te pongas nervioso, muchacho.

Se lo decía un tipo achaparrado y fornido que masticaba chicle con reticencia burlona mientras le apuntaba con una pistola.

—Pero... yo... Me ha citado míster Barton..., teníamos que hablar de negocios...

—Sí, ya lo sabemos. Cálmate, hombre.

En aquel instante sintió que alguien, procedente del otro extremo de la estancia, avanzaba a sus espaldas. Se lo confirmó el tipo que masticaba chicle.

—Oye, «Campeón»: regístrale a ver si lleva algún cacharro.

Se dejó cachear dócilmente.

—¿Te sirve un encendedor?

Le hicieron sentar en una butaca. El segundo individuo, que lucía una ostentosa corbata rameada, había sido sin duda boxeador. Tenía la nariz aplastada, y el resto del rostro con señales de haber sido baqueteado a conciencia. Una gran facha. Pero Randall sabía que muchos de estos tipos ya están «sonados», y que basta un buen directo a la mandíbula para que se derrumbe la aparente fortaleza.

En aquel momento hizo de nuevo su entrada en escena Nick Barton, reapareciendo por dónde saliera. Avanzó hacia él con una amplia sonrisa burlona.

—Bueno, míster Gray; supongo que mis chicos le habrán tratado bien, ¿verdad?

—Yo no comprendo... esto...

—Es usted demasiado pillo, amigo. No es que me espante el chantaje, pero me molesta, cuando me eligen a mí de víctima propicia. Ahora supongo que nos entenderemos, ¿verdad? Mis muchachos le trasladarán a otro lugar más «confortable» que éste. Allí charlaremos esta noche.

Pero Randall no le oía. En aquel momento toda su atención la acaparaba una figura femenina que había hecho su aparición por la misma puerta que utilizara Barton, inmovilizándose a pocos pasos del umbral. ¡Increíble! Era «ella», la chica a quién librara del atropello, la misma que le abofeteara absurdamente, y a quién él había identificado con la mujer de sus sueños. Y ahora resultaba...

Se cubrió bruscamente la cara con ambas manos, bajando la cabeza. Un furor irreflexivo incendiaba su sangre. ¡Por Dios, que nadie le provocase en aquel instante! Randall se sentía con fuerzas para destrozarlos a todos, y no le importaba lo que pudiese pasar.

Por fortuna, su gesto se tomó en otro sentido, como una crisis provocada por el pánico. Oyó la voz de Nick Barton:

—Dejadle tranquilo ahora. Así se calmará. A las ocho me lo lleváis allí. ¡Vámonos ya, Sally!

CAPÍTULO IV

Superado el momento crítico, salvada la terrible impresión inicial que la insospechada presencia de la muchacha en aquel ambiente había provocado en su ánimo, Randall supo sujetar sus nervios. Ya ni los sentía. ¿De modo que la famosa Diana se llamaba Sally? Ni el nombre que le diera era el verdadero. Probablemente, sería la chica de Nick Barton. Y él que había llegado a figurarse... ¡Al diablo!

El estrepitoso derrumbamiento de sus estúpidos sueños le llenó el ánimo de una serenidad fría, clarividente. Tenía la sensación de poder jugar con sus adversarios como el gato con los ratones, al revés precisamente de lo que éstos podrían creerse. Por lo pronto seguiría en su papel de Joe Gray, un personaje pusilánime, aterrado al saberse cogido en aquella trampa. La táctica confiaría a sus enemigos, hasta convencerles de que el prisionero sería incapaz del menor gesto de rebeldía. Quizás, cuando Nick Barton volviese a entrevistarse con él aquella noche, según le había anunciado, pudiese enterarse de datos más precisos y reveladores. Después se fugaría en el momento más propicio, aprovechándose de la confianza y sorpresa de sus vigilantes. ¡Ya leudaría una buena lección a aquellos tipos!

A las ocho menos cuarto, el chofer que lo trajera del hotel asomó la cabeza para anunciar que tenía el coche parado frente a la puerta trasera que daba a la 39.

—Muy bien, Dan. Espéranos, que ahora mismo vamos. Vete poniendo el motor en marcha.

Desapareció Dan, y el «Campeón» se guardó la pistola en el bolsillo de la americana, mientras su compañero se incorporaba bostezando.

—Bueno, muchacho, ¡andando! —le dijo éste a Randall—. Vamos a salir a la calle. Tú te metes en el coche sin rechistar. El

«Campeón» y yo lo haremos detrás de ti. Procura hacerlo bien, y no ponernos nerviosos. Lo digo porque, a lo mejor, se nos disparan las pistolas, ¿comprendes?

—Sí, señor... yo... —balbució Joe Gray, evidentemente asustado.

—Y no te asustes. Haz lo que te digo y todo saldrá como una seda.

El auto estaba detenido junto al bordillo de la estrecha acera, y tenía la portezuela abierta. Randall ascendió a él, y seguidamente sus acompañantes, que, ocuparon los extremos, dejándole a él en el centro. El «Campeón» cerró de golpe la portezuela, y el vehículo arrancó.

—Ahora ponte estas gafas, muchacho.

—¿Para qué? —interrogó Randall, haciéndose el ingenuo.

—Verás cosas muy bonitas. ¿Verdad, tú, «Campeón»?

—Sí; las chicas de Radio City —explicó el aludido, soltando una grosera carcajada.

Se trataba de unas gafas de caja de cristales opacos. Por lo visto no deseaban que pudiese tomar datos de la ruta. Se las puso dócilmente, y guardó silencio. A los diez minutos el zumbido del motor se hizo más vibrante, como si resonara en un espacio cerrado. Sin duda, en aquel momento atravesaban un túnel que podía ser el de Holland o el de Queens. Bien. Se dirigían, pues, a Jersey City o a Long Island.

Media hora más tarde el coche se detenía, y hacía sonar el *claxon* por tres veces. Momentos después arrancaba, para pararse definitivamente unas sesenta yardas más allá.

Cuando, al pisar tierra, pudo despojarse de las gafas, Randall se encontró en una especie de jardín o huerta, frente a una edificación de dos plantas con aspecto de granja. La noche era oscura, y sólo se veía la luz que se filtraba a través de una de las ventanas del primer piso.

—Ya hemos llegado. ¡Pasa, muchacho!

Le introdujeron en una estancia interior, bastante amplia y no mal acondicionada. Después de indicarle que tomara asiento en un sofá alejado de la única puerta, sus acompañantes y un tercer individuo se sentaron en torno de una mesa situada en el otro extremo, en donde se dedicaron a fumar y a jugar a las cartas, sin

concederle mucha atención. Tenían las pistolas a su alcance, sobre la mesa, pero Randall sabía que aquello lo hacían por pura fórmula, y que ninguno de ellos esperaba que el prisionero les causase el menor trastorno de cabeza.

No habría pasado medía hora, cuando se oyó por tres veces el *claxon* de un coche. El que les franqueara la entrada de la casa se alzó de las mesa, mientras los demás se guardaban el dinero y escondían la baraja.

«Ya tenemos aquí a Nick Barton», pensó Randall. En efecto, minutos más tarde penetraba en la habitación el dueño del «*Barnard Club*», pero no solo, sino en compañía de un nuevo personaje que Bill no había visto hasta entonces, y, lo que era peor, de aquella maldita Sally, o como diablos se llamase. No se trataba de que a Randall le importase ya aquella muchacha, pero hubiera preferido no volverla a ver más. Desde luego, ella no le había reconocido, cosa, por otra parte, nada extraña, considerando lo fugaz y accidentado de su primer encuentro. Bastaba ver el aire de fría curiosidad con que lo examinaba para comprender que no le recordaba en absoluto.

Randall bajó la cabeza para serenarse. ¿Sería posible que aquella muñeca que hacía mercancía del amor siguiese impresionándole? Claro que era muy hermosa, bellísima, pero tan despreciable como su amante, y él un estúpido por no saber permanecer insensible a unos encantos físicos que no podían guardar la menor correspondencia con otros de orden espiritual.

Nick Barton indicó a sus muchachos que saliesen de la estancia. Por lo visto, deseaba que, aparte de los dos personajes que entraran con él, nadie fuese testigo de la entrevista. Randall, embebido en sus pensamientos, sólo se dio cuenta del juego cuando Barton se dirigió a él, diciéndole:

—Bueno, míster Gray, ahora podremos hablar con toda tranquilidad, y estoy seguro de que nos entenderemos. Por lo menos, le *conviene* interesarse por la nueva propuesta que le voy a hacer. No lo dude.

—Pero yo no comprendo... Esto...

—¡Cálmese! Déjeme que me explique, y lo entenderá todo perfectamente.

Se había acomodado en una silla frente a él, y le hablaba

inclinándose, con los codos sobre ambas piernas. De pie, con una mano apoyada en el respaldo del asiento, la muchacha asistía a la escena sin despegar los labios. También el otro individuo se mantenía silenciosamente junto a Nick Barton. Era un hombre de unos cuarenta años, de ojos inmóviles y pómulos algo salientes. Había algo exótico en aquel rostro; quizás fuese extranjero.

—Le diré en primer lugar —continuó Nick, después de la pausa, que deploro haber llegado a estos extremos, pero usted se lo ha buscado. Así aprenderá otra vez a no ser demasiado ambicioso. Ahora escúcheme con atención: para salir del atolladero en que usted mismo se ha metido, sólo le queda una salida: entregarme ese grabado lo más rápidamente posible.

—No lo llevo conmigo.

—Ya lo supongo. Pero sí sabe dónde se encuentra, y cómo hacer para que llegue a mis manos, ¿verdad?... ¿No me responde, míster Gray?... Continúo: cuando el grabado esté en mi poder le pondré en libertad, obsequiándole además con diez mil dólares, liberalidad que me debe agradecer, porque en la actual situación nada me obliga a ello. Ya sé que la cantidad es bastante inferior a la que le ofrece la Zickel, pero es que ahora para usted no hay opción; está en mis manos, ¿entiende? Hasta este momento nada malo le ha sucedido, pero es posible que si se niega a cumplimentar mis deseos, su actitud le traiga malas consecuencias. Mis muchachos poseen medios expeditivos para hacer cantar de plano al más pintado. Y supongo que usted no querrá pasar por una prueba tan dura.

—Esto es ilegal... usted no puede...

—¡No me haga reír, míster Gray! Claro que es ilegal, pero a mí, ¿qué me importa! En cuanto a poder hacerlo, ¿quién me lo va a impedir? Incluso si ése fuese mi deseo, mis muchachos se encargarían de hacerle desaparecer de la circulación sin dejar el menor rastro. Pero no se asuste; si usted es un buen chico, nada le pasará. Una vez que yo tenga el grabado, usted recobrará la libertad, y se podrá gastar alegremente los diez papiros de a mil que le pondré en el bolsillo. Ésta es para los dos la mejor solución. A mí su libertad ya no podrá perjudicarme. Sé calcular muy bien las cosas, míster Gray. Si me denuncia a la Policía, todo el mundo le tomará por un loco. Nadie creerá que usted ha estado en el

«*Barnard Club*» para entrevistarse conmigo, porque yo lo negaré, y además, ¿a qué testigos podrá recurrir? No creo que haya pensado en mis muchachos. Por otra parte, la folletinesca historia del secuestro sólo servirá para redondear su creciente fama de visionario, sin que usted pueda señalar convincentemente a los autores del hecho ni el lugar donde le encerraron. Le digo todo esto para que se convenza de que una vez que me haya hecho con el grabado, a mí nada me importa que usted esté en libertad, e incluso, que me denuncie. Allá usted si quiere correr ese ridículo. Lo único que me interesa advertirle es que hasta que esa prueba de «La Negra» la tenga yo, usted no saldrá de aquí, y que recurriré a cuantos medios estén a mi alcance para conseguirla; medios que, como es lógico, repercutirán muy desagradablemente sobre su persona si se niega a colaborar. ¿Entendido, míster Gray?

El aludido se mantenía con la cabeza baja, como si se sintiese presa del más profundo abatimiento. Nick Barton cambió una mirada de inteligencia con el individuo que se inmovilizaba de pie junto a él, y continuó:

—Veamos hasta dónde llega su buena fe... ¿Quiere decirnos el texto íntegro que figura al dorso del grabado?

—Cecile Marty, Ville Annabella, en tinta verde; y Mentón, en tinta roja —murmuró Randall después de una pausa.

—¡Magnífico! ¿Quedamos, pues, en que la mujer no se llamaba...?

—¡No sé por qué lo dije! —le interrumpió Randall como un rayo, dando ahora muestras, de una agitación que por fortuna se interpretó en otro sentido—. Creí que usted no lo sabría, y yo... Pero es Cecile. Cecile Marty, se lo aseguro.

—¡Cálmese! —sonrió Barton—. Ya sé que me dio un nombre falso, pero también sé que ahora ha dicho la verdad.

Bill respiró con disimulado alivio. De haber pronunciado Barton en voz alta la palabra «Diana», seguramente se hubiese hecho repentina luz en la memoria de la chica, reconociéndole, al acordarse del incidente, y, lo que habría sido mucho peor, de su verdadero nombre que él le diera en aquella ocasión. Una situación poco agradable si Nicle se enteraba de que el supuesto Joe Gray se llamaba Bill Randall. Por fortuna, el peligro ya había pasado. Pero se engañaba.

—¿Qué nombre te dio, Nick? —preguntó de pronto la muchacha.

—Diana.

Randall apretó los puños. La comedia se había ido al diablo. ¿Qué pisaría ahora? Pero no ocurrió nada. Sally se limitó a sonreírle tranquilamente.

—Por lo visto, el primero que se le ocurrió, ¿verdad?

—Yo... —balbució Randall, sin salir de su asombro.

—No le haga reproches, Sally —intervino Nick.

—Lo pasado, olvidado. Lo importante es que ahora se franquee con nosotros. ¿Dónde tiene el grabado, míster Gray?

—En Tolland.

—¿Y eso dónde está?

—En Connceticut. Vivo allí. Vine a Nueva York después de leer el anuncio de la Zickel. No me atreví a traerlo conmigo, y se lo dejé a mi hermano. Él lo guarda.

—Le conviene decirnos la verdad —le recomendó Barton con seriedad.

—Le juro que no le miento. Lo tiene Tom.

—Así lo esperamos. Ahora usted es el que mejor puede saber el procedimiento, si hay alguno, de que el grabado venga a nuestras manos sin que tenga que moverse de aquí. De no haber otra salida, nos da las señas y los datos necesarios para que mis muchachos den con él.

—No hará falta. Le dije a Tom que, una vez confirmada mi suposición y de acuerdo con los de la Zickel, yo mismo me desplazaría a Tolland, o bien enviaría a un emisario con una carta de mi puño y letra, a quién debería entregárselo.

—Muy bien. Usted escribirá esa carta, y yo mandaré al emisario esta misma noche con ella. Si todo sale bien y no nos ha engañado, mañana habremos zanjado el asunto y usted se encontrará en libertad y con diez mil dólares en la cartera. En caso contrario...

—No, no; le he dicho la pura verdad. Todo saldrá bien. Pero ya podría llegar a los quince mil, míster Barton. Usted ya ve...

Nick rompió a reír. Parecía sentirse altamente satisfecho.

—Ya hablaremos.

A una indicación de Barton, la muchacha salió del cuarto para hacerse con papel y sobre, mientras Randall se preparaba

tranquilamente a proseguir la comedia adoptando el gesto de un hombre resignado a su suerte. Entonces fue cuando, inopinadamente, el otro individuo que hasta entonces había desempeñado a la perfección el papel de testigo mudo, se dirigió a él:

—¿Desde cuándo tiene ese grabado en su poder?

La pregunta le fue hecha en un inglés bastante correcto, pero con marcado acento extranjero. Randall ya había pensado en aquella y otras eventualidades, y tenía preparadas las respuestas, pero no se le ocultaba que el terreno a que ahora le llevaban era muy resbaladizo, peligrosísimo. Él sólo podía hacer conjeturas más o menos lógicas, mientras que su interlocutor sabría seguramente a qué atenerse. El menor desliz involuntario le delataría.

—Después de terminada la guerra; unos... cinco años.

Randall le miraba fijamente a los ojos tratando de leer en ellos sus impresiones.

—¿Y en dónde lo adquirió? ¿Aquí?

—No.

—¿En Europa?

—Sí.

—¿Qué hacía usted allí?

—Estaba movilizado, adscrito a la brigada del general Bradley.

—¡Ya! En Alemania, ¿verdad?

—Sí.

En aquel preciso momento volvía a entrar Sally, y el desconocido cesó de hacerle preguntas. Randall estaba seguro de no haber dicho ninguna tontería. Así, al menos, parecía indicar la sonrisa que el hombre le dedicó, al cortar confiadamente el interrogatorio, y la leve inclinación de cabeza con que correspondió a una mirada significativa de Nick.

Escribió la carta. Mientras Barton y sus dos acompañantes la leían, llenó el sobre con la ficticia dirección: «Tom Gray, 37, Liberty St. Tolland (Connecticut)».

—Perfectamente, míster Gray. Mañana nos volveremos a ver. Si quiere dormir, se tumba en el sofá. Ya diré a los muchachos que le molesten lo menos posible. Ellos vigilarán su sueño. ¿Conformes?

Salieron los tres personajes e, inmediatamente, hicieron acto de presencia sus guardianes, que ocuparon sus asientos en el otro

extremo de la estancia, junto a la puerta.

Tolland distaba de Nueva York unas ciento ochenta millas. Pasarían cinco horas, como mínimo, antes de que se diesen cuenta del engaño. Cuando llegase este momento, el pájaro ya habría volado de la jaula. Randall no dudaba de sorprender a sus confiados vigilantes, aprovechando el momento más propicio y actuando sin titubeos y con toda energía. ¡Buen festejo les preparaba!

Oyó arrancar un coche, y a los cinco minutos, el motor de otro que también se ponía en marcha. Instantes después el individuo que ya estaba allí cuando ellos llegaron, entró con una bandeja en donde traía emparedados y tres botellas de cerveza.

—¿Se ha ido ya el jefe?

—Sí, «Campeón». Tomad ahora un bocado, y ya os traerá café. Luego echaremos una partida.

—¡Qué remedio! Pasaré la noche en blanco, y perderé como siempre. Pon la radio, Bob. Eso siempre anima, y además así no oiremos cómo ronca el amigo. El jefe nos ha dicho que lo dejemos dormir en el sofá. ¡Buen muchacho!... ¿Quiere un emparedado?

—No, no —intervino Bob, antes de que Randall contestase—. Sally le sube ahora la cena.

—¡Vaya suerte! Y a nosotros que nos parta un rayo, ¿verdad?

—A ti ya te la sirvo yo, «Campeón». ¿Es que no te gusto?

El «Campeón» soltó una grosería, y sus dos acompañantes rompieron a reír.

¿De modo que la muchacha se había quedado? Randall no sabía si alegrarse o no. Esperaba que no le sirviera de estorbo. En caso contrario actuaría sin contemplaciones.

Al cuarto de hora, sus guardianes habían desalojado la mesa y jugaban al póker. La radio dejaba oír a medio tono la música sincopada de una orquesta de *jazz*.

Cuando entró la muchacha, los hombres estaban embebidos en el juego. Llevaba una bandeja en las manos, y cerró la puerta con el pie. Contempló el humo que llenaba la habitación, e hizo un mohín de desagrado.

—Vaya cuadra que vais a dejar.

—Calla, Sally, que ahora se pone esto interesante.

Avanzó hacia él y se detuvo a corta distancia, de espaldas a los jugadores.

—Supongo que ya tendrá hambre, míster Gray.

—Muchas gracias —dijo Randall, alzando los ojos y mirándola con seriedad.

¡Y entonces ocurrió algo que le llenó de estupor! ¡En aquel momento la muchacha le sonreía y movía los labios! Un murmullo apenas perceptible, cuya interpretación se resistía a admitir Randall. ¿Sería posible? Pero la chica le sacó de dudas, repitiendo en el mismo tono:

¡Hola, Bill!

Randall clavó su mirada en los ojos de Sally, mientras sus facciones adquirirían una dureza agresiva. Pero ella no pareció afectarse mucho. Siguió sonriendo, y le hizo un guiño confidencial con los ojos. Después dijo en voz alta:

—Los emparedados son de jamón y de queso. A los de jamón les he puesto mantequilla. Espero, míster Gray, que no le desagrade la mantequilla.

—No —respondió él, sin dejar de mirarla.

—Menos mal. ¿Quiere usted coger la servilleta?

La diminuta servilleta aparecía extendida sobre un espacio sobre la bandeja. La retiró, y entonces apareció una pequeña pistola. Fue tal la sorpresa de Randall que por un segundo se mantuvo inmóvil, como si no pudiese dar crédito a lo que veían sus ojos. Sally movió con impaciencia la bandeja, y Randall reaccionó, retirando rápidamente el arma, que se guardó en un bolsillo de la chaqueta. La miró de nuevo a la cara. Sally bajó los párpados con gesto de aprobación.

—Le dejaré la bandeja en esa silla.

Lo hizo así, y al acercarse a la improvisada mesa junto al sofá, murmuró aprisa, casi a su oído:

—Espera hasta que vuelva. Cuando yo distraiga a los muchachos, ¡entonces! —Y añadió, ahora en tono normal—: Creo que así queda bien. ¡No tendrá queja de nosotros!, ¿verdad?

—No. Gracias.

—Déjala ya, chica —voceó el «Campeón»—, y ponte aquí a mi lado, a ver si me das suerte.

—Ahora, no. La volveré. —Y se encaminó a la salida, desapareciendo por la puerta.

La espera se prolongó más de lo que deseaba Randall. Conforme

pasaba el tiempo, su impaciencia se hacía más viva, una impaciencia que trataba por todos los medios de disimular. Además, después de todo lo ocurrido, su ánimo estaba soliviantado, y los pensamientos más dispares le estallaban en la cabeza. Ansiaba despejar todas las incógnitas que le había planteado la inesperada conducta de aquella muchacha. ¡Diana! Le había reconocido, y como si hubiese adivinado sus propósitos, se había adaptado maravillosamente a su juego, para, al final, ayudarle de aquel modo efficacísimo, poniéndole una pistola en las manos. ¿Por qué? No lo conseguía comprender. Pero su extraña conducta llenaba de gozo el corazón de Randall. Le había tuteado, como si le conociese de toda la vida. «¡Hola, Bill!». ¿No era maravilloso? Y ahora, ¿por qué tardaría tanto en volver? Le había dicho que ella distraería a los muchachos. ¡Pero, Dios mío, si no haría ninguna falta! Con aquella pistola los tenía en sus manos en cualquier momento. Ahora mismo si quisiera... Pero, no; ella le había dicho que la esperase; ella...

Cuando volvió a abrirse la puerta del cuarto, Randall apenas pudo contener un involuntario estremecimiento. ¡Por fin había llegado! La muchacha cerró la hoja. Lo miró. Después avanzó, con estudiada lentitud, para dirigirse a una pequeña estantería con libros, situada en uno de los extremos de la estancia equidistante de sus guardianes y de él. «¡Ahora!», pensó Randall. No le gustaba que ella se aproximase a la mesa, donde podría correr algún peligro si tenía que disparar la pistola, y, como un rayo, aprovechó la favorable coyuntura.

Saltó del sofá. Cuando sus guardianes volvieron con sorpresa la cabeza, Randall ya estaba en pie, a dos metros de ellos, con la diminuta arma en la mano.

—¡Quietos todos! El primero que mueva un dedo se va al otro barrio. ¡Las manos arriba! ¡Aprisa!

Los tres hombres se habían quedado de piedra. Creían soñar, y alzaban los brazos con lentitud, sin dar crédito a los ojos. De súbito, el tipo achaparrado reaccionó, intentando abalanzarse sobre su pistola. Sonó un seco estampido, y el hombre cayó al suelo arrastrando la silla.

—¡Retiraos vosotros de la mesa! ¡Venga!

Bob y el «Campeón» recularon, y Randall se apoderó de las pistolas, dos magníficos «Colts», mucho más eficientes que aquel

juguete que tenía en las manos.

La muchacha estaba ahora junto a él, toda sofocada, y se hizo cargo de su diminuta pistola, que empuñó muy decidida.

—¡Aprisa, Bill! Abajo está Basil, el individuo que entró con Nick y conmigo. Lo encerré en su dormitorio sin que él se diese cuenta, pero tiene la ventana para salir, y habrá oído el disparo.

—No pases cuidado, preciosa. Vuélvete de espaldas que yo enseguida acabo. —Se dirigió al antiguo boxeador, que abría la boca de pasmo, y advirtió—: Lo siento, «Campeón», pero no puedo perder el tiempo atándote a ti y a tu compinche.

Descargó con terrible violencia su izquierda armada con uno de las «Colts» sobre la oreja derecha del «Campeón», y éste se desplomó como herido por el rayo. El otro individuo miraba a Randall con ojos aterrados.

—¡Déjalo, Bill! —intervino la muchacha—. Con Bob me entenderé yo. Tengo mi pistola.

La chica apuntaba a Bob con aire muy decidido, y Randall se echó a reír.

—¡Esta bien, nena!... Y tú, Bob, como no seas buen chico, cuando suba te corto las orejas... ¿Dónde está ese Basil?

—Abajo. El pasillo a la derecha, en la segunda puerta. Allí está encerrado.

Se lanzó escaleras abajo. No tuvo necesidad de perder el tiempo orientándose. Alguien golpeaba una puerta. De tres zancadas, Randall se plantó frente al dormitorio que tenía el montante iluminado.

—¡No pasa nada, Basil! —gritó—. Al «Campeón» se le disparó el arma sin querer.

Cesaron los golpes, y en el dormitorio reinó de pronto un profundo silencio. Bill no titubeó. Aquél era el momento. Quizás todavía no estuviese armado. El pasillo era muy estrecho. Se apoyó de espaldas contra la pared y descargó una terrible patada contra la hoja que cedió.

En medio del cuarto estaba el hombre, en pijama. Tenía un arma en su mano derecha, pero la súbita irrupción de Randall que le encañonaba con la «Colt» le llenó de pánico, y con mano desmayada dejó caer la pistola, que rebotó en el suelo.

—Muy bien, Basil. Es lo más prudente. ¡En marcha!

Cuando penetraron en el salón de arriba, todo estaba en perfecto orden; por lo menos, así lo juzgó Randall. La muchacha tenía arrinconados a Bob y al «Campeón», que repuesto en parte de la conmoción, aparecía ahora sentado en el suelo con expresión semiinconsciente. Ella empuñaba la diminuta pistola con una decisión admirable según se traslucía por la expresión de su rostro arrebolado, de ojos fulgurantes, que Bill juzgó más hermoso que nunca. Como cuando le obsequiara a él con la famosa bofetada.

—¡Bien, muchacha! Aquí tenemos al otro pájaro. ¿Queda alguno más por ahí?

—No, no —denegó la chica—. Ahora lo mejor será dejarlos encerrados en este cuarto. Es interior, y la puerta es muy resistente. Echando la llave no podrán salir en bastante tiempo.

¡Gran idea! ¿No quedará por aquí alguna arma escondida?

—No. Estoy segura.

—¡Magnífico! ¡Al rincón, Basil! Y cuidado con moverse.

Randall paseó una mirada circular por la estancia. Sobre una mesita estaba el teléfono. Tiró de los cordones hasta arrancarlos de cuajo, y después colocó el aparato portátil bajo su brazo izquierdo.

—¡Andando! —indicó a la muchacha, que se dirigió a la puerta. La siguió, pero antes de salir se encaró por última vez con sus exguardianes, mientras sonreía burlonamente—. Bueno, chicos, ya sabéis dónde me tenéis a vuestra disposición: Joe Gray. Tolland, Connecticut. Cuando veáis al jefe, le dais cariñosos recuerdos de mi parte. ¡Mucho gusto!

Cerró la puerta, y se guardó la llave. Y entonces se incorporó para mirar a aquella desconcertante criatura que se mantenía inmóvil, frente a él, con los ojos brillantes.

—Creo que esto ya está liquidado —le dijo—. Y ahora ¿qué piensas hacer, muchacha?

—¡Oh, Bill, pues irme contigo! En el garaje hay un coche, y...

Randall se echó a reír.

—Supongo que alguna vez, te decidirás a aclararme todo este lío.

—Claro que sí, Bill. Ahora ven conmigo. ¡Aprisa!

—Tú mandas... Sally.

—Diana —murmuró ella, sonriente, mirándole a los ojos.

Le dio la espalda y echó a andar por el pasillo. Randall la siguió

hechizado, con la sensación de marchar sobre una nube.

CAPÍTULO V

En North Port toparon con la autopista que enseguida les llevaría a Queens. Diana conducía, y él se sentaba a su lado. Le había dicho que pronto disiparía todas sus dudas, que pronto respondería a cuantas preguntas ansiara formularle; pero que en aquellos momentos lo que urgía era actuar, relegando las explicaciones para cuando estuviesen solos y tranquilos.

Randall se limitaba a contemplarla en silencio. Conducía admirablemente. Su rostro, que él veía de perfil, se mantenía atento al trozo de ruta que iluminaban los faros. Una expresión que no dejaba lugar a dudas, al menos para Randall, que cada vez se sentía más desconcertado. Era una muchacha valiente y decidida. Dominaba una situación ignorada para él, sabía cómo resolverla, y se disponía a ello sin vacilaciones.

Cuando, por el túnel de Queens, arribaron a Manhattan, Diana frenó el coche, que detuvo en uno de los lugares de estacionamiento para vehículos de la calle Treinta y Seis.

—¿Hemos llegado?

—No, Bill. Es que quiero explicarte lo que vamos a hacer. Tú estás aquí en un hotel, ¿verdad?

—Sí; en el «Beverly», de la calle Cincuenta.

—Bueno; pues ahora iremos allí. Recoges tu equipaje, y abonas la cuenta. Después abandonamos este coche; conviene que nos desprendamos pronto de él, ¿comprendes? Subimos a un taxi, y le damos las señas de otro hotel, por ejemplo el «Dixie»: ése estará bien. Allí nos inscribimos como un matrimonio, con nombre supuesto, claro está, y una vez a solas...

—¡Diana!

—¡Oh, Bill! ¿Qué has pensado? —preguntó la muchacha, toda sofocada—. Quiero decirte que ya estaremos seguros, y que yo te lo contaré todo. Tomaremos un departamento con dos cuartos

independientes. ¿Crees que soy cualquier cosa?

—Perdóname, Diana. Yo... —murmuró Randall, bajando la cabeza para besarle la mano, presa de súbita emoción.

—Quita, tonto. Ya sé que las circunstancias en que me has sorprendido se prestan a interpretaciones equívocas. Pero yo te lo aclararé todo. ¿Verdad que me obedecerás, que me ayudarás a hacer todo que acabo de decirte?

—Contigo iré al infierno, Diana. Haré lo que tú dispongas.

—No te llevaré al infierno, Bill —le dijo, envolviéndole en su sonrisa hechicera.

Después de hacerse cargo en el «Beverly» de su equipaje, se dirigieron a la Gran Central Terminal. Allí abandonaron el coche. Diez minutos más tarde descendían de un taxi frente a la marquesina del «Dixie Hotel». Allí se inscribieron con el nombre de James Conway y señora.

«Recién casados», se dijo el jefe de recepción, que ya tenía una larga experiencia sobre el asunto, haciéndose cargo del aire de bobo seráfico con que el hombre se dirigía a su linda acompañante. Pero se llevó un chasco mayúsculo cuando «*mistress* Conway» rechazó su propuesta, exigiendo un departamento con dos dormitorios independientes.

—Mi esposo ronca terriblemente por las noches, y no me deja dormir, ¿comprende? —aclaró la dama.

—¡Comprendo! —admitió el ceremonioso empleado, dirigiendo al marido una mirada de lástima.

Randall se encogió de hombros, y trató de ensayar una sonrisa acorde con las circunstancias.

Por fin iba a salir de dudas. Diana se encargaría de aclararle cuántos enigmas soliviantaban su ánimo, explicándole el motivo de su inesperada presencia en aquel círculo de gentes, y su extraña conducta al auxiliarlo de aquel modo decisivo, para acabar escapándose con él.

Estaban en uno de los dormitorios. Randall acababa de cerrar la puerta, después de dar unas monedas al *boy* que les había entrado el equipaje, y la muchacha aguardaba de pie en medio de la estancia.

—¡Oh, Bill! —rió la chica, cuando el hombre se volvió hacia ella —. ¿No es maravilloso?

—Demasiado para verlo hecho realidad. Supongo...

—Yo te lo explicaré todo; pero antes, dime: tú no vives en Tolland, ni tienes allí un hermano, ¿verdad?

—¡Claro que no!

—Lo adiviné. Sabía que los engañabas. Te reconocí inmediatamente que te vi en el despacho. ¡Si supieras las veces que había pensado en ti desde aquel día que me tiraste al suelo cuando ya me iba a atropellar un coche! ¡Qué estúpida fui, y qué rabia sentía siempre que pensaba que habías expuesto tu vida para salvarme, y que yo...! Pero no pude evitarlo, Bill. Me dio mucha vergüenza verme entre tanta gente que miraba, y además, tenía prisa... Después, cuando pude serenarme, ya era tarde... Tú te habías marchado. Pero siempre me acordé de ti y de tus palabras: «Me llamo Bill Randall». ¿Verdad que fue así?

—Cierto. Pero, por favor, no me lo hagas repetir —sonrió Randall, pasándose significativamente la mano por la mejilla.

—¡Oh, Bill! ¡Perdóname! ¿Verdad que me perdonas?... Ven: siéntate aquí conmigo en el sofá.

Le alargó una mano, y Randall se dejó conducir como un manso cordero, acomodándose allí junto a la muchacha, que se volvió con viveza para mirarle a la cara. Prosiguió:

—¡Qué asombro cuando te vi en el despacho del Club! Me habían hablado de un tal Joe Gray, y ni remotamente esperaba encontrarme contigo. Pero enseguida me hice cargo de la situación, y me esforcé para disimular mi sorpresa. ¿De modo que habías dado un nombre falso? Comprendí que representabas una comedia. El hombre que no había vacilado en jugarse la vida para salvarme no podía ser aquel ser pusilánime que veían mis ojos. Te habían preparado una encerrona, y tú fingías temor para que se confiaran, seguramente. Sabía que no eras cobarde, y deduje que aquello era una táctica para después poder librarte de sus garras con más facilidad. Cuando en la granja hablaron contigo, me reafirmé en mi teoría. Ellos se tragaron el cuento de Tolland, de tu hermano, de la carta... Pero yo sabía que, todo aquello era pura ficción. Vi claro lo que te proponías: engañarles para saltar en el momento propicio sobre Bob y los otros. Y entonces decidí ayudarte y marchar

contigo, escapándome también. ¿Lo comprendes ahora todo?

—Apenas, Diana. ¿Qué hacías tú con esa gente? ¿Por qué te llamaban Sally, tratándote, al parecer, con toda confianza? ¿Por qué...?

—Es muy sencillo, Bill. Llevo seis meses viviendo con mi tío Nick.

—¿Tu tío? ¿Es Nick Barton tío tuyo?

—¡Claro! Hermano de mi padre. Hace medio año me quedé huérfana. Residía en Londres con mi padre. Entonces mi tío me dijo que viniese aquí a vivir con él. Yo sólo sabía que era muy rico, y como no tenía ningún otro pariente cercano, acepte. Una vez en Nueva York me di cuenta de que mi tío Nick no era lo que yo suponía, sino un aventurero de altos vuelos. Le dije que deseaba volverme a Londres, pero él me amenazó. Le cobré miedo, y entonces fingí adaptarme encantada a todos sus planes, con la idea de abandonarlo a la menor ocasión. Trataba, como tú, de que se confiase para poder escapar en el momento que se presentara una coyuntura propicia. Una vez en Inglaterra, me vería libre de él. Por eso no dude en ayudarte y marcharme contigo. Ahora ya no le tengo miedo. Tú me defenderás, ¿verdad, Bill?

—Desde luego. Pero te aseguro que cada vez me siento más desconcertado. ¿Por qué diablos te llamaba, entonces, Sally?

—Oh, porque mi nombre completo es Sarah[1], Diana. En Londres todo el mundo me llamaba Diana, pero mi tío, siempre que escribía, enviaba besos para Sally, creyendo que aquél sería mi nombre habitual. ¿Comprendes?

—¡Ya!... De todas formas, no consigo hacerme cargo de la situación. ¿Qué papel se te asignaba a ti, en este asunto?

—¿Qué asunto, Bill?

—¡Diablo! ¿Acaso ignoras por qué se me preparó la encerrona, lo que pretendían?

—Sé únicamente que mi tío Nick poseía un empeño extraordinario en hacerse con ese grabado que busca la Zickel y que tú tienes, pero ignoro por qué y para qué. Tú sí lo sabrás, ¿verdad?

—Ni media palabra. Otra cosa: ¿qué significan todas estas medidas que me has hecho adoptar, abandonando el coche, haciendo que me mude de hotel y que figuremos en éste con nombres supuestos?

—Pero ¿no lo entiendes? He traicionado a mi tío, ayudándote a escapar, marchándome contigo... Ahora, cuando se entere, querrá vengarse de mí, buscándome por todas partes... y le tengo miedo, Bill, le tengo miedo...

—Juraría que tú no le temes a nadie. Por lo menos, jamás me tropecé con otra muchacha tan decidida ni tan...

—Es que tú no conoces a mi tío Nick. Además, no soy tan decidida como crees. Lo que pasa es que a tu lado ya no le tengo miedo a nada. No sabría explicártelo, y, por otra parte, no debo hacerlo...

—¡Diana!

—¡Oh, querido, no me abandones; ayúdame! Ya no tengo a nadie más que a ti y...

La muchacha se había echado a llorar, arrojándose a los brazos de Randall, que, emocionado, la estrechaba contra su pecho. Se sentía profundamente desconcertado y, al mismo tiempo, rendido de amor por aquella extraña criatura. Diana alzó su rostro para mirarle con ojos húmedos, llorosos.

—¿Tú me quieres, Bill?

—Puedes estar segura. ¿Y tú?

—¡Claro! Desde aquel primer día que te vi en la calle, cuando...

Bajó los párpados y le ofreció los labios, que Randall besó apasionadamente, hasta que la muchacha reaccionó, zafándose de sus brazos con el rostro encendido de rubor.

—¡Oh, no, Bill!... ¡Déjame!...

En aquel momento Randall sólo tenía ojos para la maravillosa criatura. No pensaba en nadie ni en nada más, Diana agitó la cabeza, riendo sofocada, feliz. Le dijo:

—Ahora ya estoy tranquila, porque sé que no estoy sola; que tú me quieres y que me ayudarás.

—Sí, Diana. Te ayudaré contra todos y contra todo. No sé cómo, pero lo haré.

—¡Claro que sí, tonto! ¡Mira! Lo primero que tenemos que hacer es marcharnos cuanto antes de Nueva York, librándonos para siempre del peligro de que mi tío Nick de con nosotros. Yo he pensado que lo mejor sería embarcarnos para Inglaterra. Una vez allí, nos casamos y...

—¡Pero, Diana!... —exclamó Randall, con la boca abierta.

—¿Es que no pensabas casarte conmigo? —interrogó, con ingenuo asombro—. ¿Acaso...?

—¡No se trata de eso! Casarme contigo será la mayor alegría de mi vida. Pero dices las cosas de un modo... En Inglaterra yo no conozco a nadie y, además, carezco de dinero; no soy rico.

—Me conoces a mí, y ya es bastante. En cuanto al dinero, no es verdad lo que dices. ¿Te has olvidado del grabado ese que tienes? La Zickel te dará por él treinta mil dólares.

—Cierto —reconoció Randall, mirándola con repentina seriedad.

Pero Diana no pareció percatarse del hecho, y continuó:

—¿Lo ves? También en ese sentido nos convendrá estar en Inglaterra. Allí podrás presentarlo con toda tranquilidad a la sucursal de la Zickel en Londres, mientras que en Nueva York corremos el peligro de que mi tío Nick se atravesase en nuestro camino y nos de un disgusto.

—Pero es que yo no quiero desprenderme de ese grabado, Diana. ¿Por qué ofrece por él la Zickel treinta mil dólares? ¿Por qué tu tío tiene un empeño tan extraordinario en apoderarse de él? Aquí se debate algún asunto muy turbio, y no me gustaría hacerme cómplice inconsciente de él.

—¡Pero, Bill! Y yo, ¿es que no te importo? Olvídate de todo eso. A nosotros nada nos interesa el lío que se traigan entre manos. Tu nada malo puedes hacer aceptando el trato ventajoso que te ofrece la Zickel. Cualquiera que se hallase en tu caso no dudaría, y tú deberías pensar sobre todo en lo que para nuestra felicidad significaría ese dinero. Una vez en Inglaterra, nos casaríamos y...

Randall la miraba con seriedad, sin despegar los labios, y, de pronto, Diana suspendió el discurso y volvió a echarse en sus brazos.

—¡Perdóname, Bill! Ya sé que soy una egoísta, pero es que no sé lo que me digo; estoy muy asustada y, además, te quiero mucho.

—¡Cálmate! —le dijo él, dándole unas suaves palmadas en la espalda—. Nada te pasará. Yo te lo garantizo.

—Sí, Bill. Haremos lo que tú quieras.

—¿Quién era aquel Basil?... —preguntó Randall, después de una pausa.

—Un conocido de mi tío. Me lo presentó hará un mes.

—Es extranjero, ¿verdad?

—Sí, ruso. Se llama Basil Kapaiev. Según parece, se fugó de la URSS hará unos ocho o nueve meses. Estuvo algún tiempo en Francia, y, después, consiguió venir a América.

—¿Cómo lo conoció Nick?

—No lo sé. A mí me lo presentó una noche en el club, como un simple conocido. Nada más.

—Pues, por lo visto, a ese Basil también le interesa el grabado.

—Sí, de eso ya me di cuenta.

—¿No sorprendiste nunca una conversación entre ellos, que pudiera arrojar alguna luz sobre este extraño asunto?

—Nunca. Es más: hasta esta misma noche, ignoraba que se interesase también por el grabado. Pero ¿por qué me haces todas estas preguntas?

—No lo sé —rió Randall—. Bueno, la verdad es que estoy muy intrigado. ¿Qué diablos de misterio encerrara el dichoso papel?

—Tú lo puedes saber, que lo tienes...

—Te engañas. El grabado no ofrece nada de particular. Sólo unas señas en el dorso, escritas con dos clases de tinta.

—¡Sí que es raro! ¿Dónde lo tienes, Bill? Lo digo porque me gustaría verlo. Además, es posible que yo te pudiese ayudar.

—¿Ah, sí?

—Quizá sea una tontería. Pero muchas veces hay cosas que una persona no ve, por mucho que se gaste los ojos, mientras que otra lo descubre enseguida, a la primera mirada. Además, no olvides que soy muy lista —terminó, riendo.

—Lo creo.

—¡Oh, Bill! ¡Si supieras qué tranquila me siento ahora!...

—¿Cómo es eso?

—Tal vez sea absurdo, pero creo que a tu lado estoy completamente segura, sin que nadie pueda hacerme el menor daño. Haré lo que tú quieras. ¿Qué has pensado?

—Mañana hablaremos, Diana. Ahora, vete a descansar.

—Sí, Bill.

La muchacha se abandonó en sus brazos, y Randall volvió a besarla, hasta que ella le rechazó con ojos suplicantes.

—¡Hasta mañana, querido!

Se cerró la puerta del otro dormitorio, y Randall se inmovilizó pensativo en medio de la alcoba. Así estuvo, de pie, durante un

largo rato. Luego se dirigió al teléfono.

CAPÍTULO VI

Acababa de hablar con Carey. La noche anterior, después de encerrarse Diana en su alcoba, intentó comunicar con él, pero entonces Carey había salido a la calle. Eso le dijeron no pudo pegar los ojos. Volvió a telefonar hacia las dos de la madrugada. Carey aún estaba ausente, y su comunicante le envió al diablo por molestar a horas tan intempestivas. Entonces, se durmió. Un sueño cuajado de pesadillas. A las nueve ya estaba vestido. En la alcoba de Diana no se percibía el menor ruido. Probablemente dormiría aún... Marcó de nuevo el número, y por fin Carey se puso al teléfono.

—Hola, Joe. ¿Cómo ha tardado tanto?

—Tuve que resolver unos asuntos. Ya le explicaré.

—Bueno, pero venga ahora mismo.

—Ya pensaba hacerlo, Carey.

—Está bien. Le aguardo.

El corto diálogo fue bien significativo para Randall. Carey tenía algo importante que comunicarle. De otra forma, no habría solicitado su inmediata presencia. Además, la noche anterior, cuando él telefonara la primera vez, se encontraba ausente, contra lo convenido. Repiqueteó con los nudillos en la puerta del dormitorio, y Diana despertó.

—¡Adelante!

La muchacha aparecía en el lecho con ambas manos aferradas al embozo, que tenía subido hasta la barbilla, y sonreía tímidamente. Sobre la blancura de la almohada, enmarcado en su negra cabellera, su rostro semejaba el de una princesa de ensueño. Randall se detuvo, admirado y respetuoso, antes de alcanzar el borde del lecho. Temía que Diana se negase a quedarse sola. Le dijo que tenía necesidad de salir a la calle para hacer una gestión que, al regreso, le explicaría.

—¿Has pensado ya lo que vamos a hacer, Bill?

—Cuando vuelva, te lo explicaré.

—¿A dónde vas ahora?

—Ya te lo diré. Confía en mí.

—Sí, Bill —le sonrió—; pero ven pronto. No me gusta quedarme sola.

—No puede pasarte nada. Dentro de una hora estaré de regreso.

—Date prisa. Mientras, me levantaré y pediré los desayunos, que tomaremos juntos, ¿verdad?

—Sí, Diana.

Sacó un brazo y le ofreció la mano, que Bill besó con rendido amor, inclinándose sobre el lecho. La muchacha retiró prestamente el brazo, que desapareció bajo el embozo, cubriendo con el su blanco hombro desnudo.

—Ahora, vete, Bill —le suplico ella, llena de rubor.

Randall dio la vuelta sin responder. Iba cegado por su imagen entrañable. Hasta que salió a la calle, su mente y su alma sólo sabían girar en torno de aquella maravillosa criatura, de quien, a no dudar, estaba perdidamente enamorado. El ajetreo callejero le volvió a la realidad. Entonces, subió a un taxi y dio las señas de Carey.

El mismo Abut Carev le franqueó la entrada. Por lo visto, le esperaba con impaciencia. El hombre cerró la puerta y se volvió con presteza hacia Randall, que aguardaba de pie, en el centro de la humilde alcoba.

—¿Dónde diablos ha pasado la noche? Telefoneé al «Beverly», y me dijeron que usted ya se había despedido del hotel.

—¿Cuándo me llamó?

—Esta madrugada, hacia las tres.

—Pues yo también le telefoneé, y en dos ocasiones. La primera, con arreglo a lo convenido, de diez a once, y la segunda, a las dos. Tampoco usted estaba aquí. Por lo menos, eso me dijeron.

—Así fue. Recibí órdenes, y tuve que ausentarme. Ahora, escúcheme, Randall: el famoso grabado ya ha hecho, por fin, acto de presencia.

—¿Sí? —interrogó Randall, con rostro expectante.

—Le leeré el texto del cablegrama que la Zickel recibió de su representante de París ayer, a las veinte cuarenta. —Extrajo una cuartilla escrita a máquina, y leyó:

«Telegrama procedente de Nantes, dice: En mi poder prueba segundo estado “La Negra”, dorso señas una tal Cecile con residencia en ciudad Francia, escritas en tintas verde y roja. Comuniquen si es la que buscan a Pierre Lavin, 24, *rue* Pascal, Nantes. Espero instrucciones».

«Gérard Sardou».

—No cabe duda. ¡Ésa es!

—Bien —continuó Carey—. A las nueve de la noche, Edwin Zickel conferenciaba con M. Sardou representante de la casa en París. Éste le confirmó el texto telegráfico, anunciándole que nada había hecho hasta entonces, en espera de sus órdenes. *Mr.* Zickel, que por cierto daba manifiestas muestras de desconcierto, le dijo que aquello era absurdo. Precisamente, por la mañana, había estado hablando en su casa con otro individuo —aludía a usted—, que también decía poseer el grabado, si bien el nombre era diferente: Diana. No comprendía lo que podía haber pasado.

«¿Qué hago entonces. *Mr.* Zickel?...», le preguntó M. Sardou. Tras una pausa meditativa, Edwin Zickel le respondió: «Procure ponerse en inmediato contacto con ese individuo, admitiendo que su prueba es la que buscamos e invitándole a que se traslade enseguida a París con ella. Mañana por la mañana yo saldré de dudas. Si *Mr.* Gray no se presenta con el grabado, entonces he sido víctima de un engaño y el auténtico es el que posee ese Lavin. En cuanto tenga noticias, póngase en contacto conmigo por conferencia. No le importe la hora que sea».

«A las dos y media de la mañana, Gérard Sardou llamaba desde París. Había conseguido conferenciar con el tal Lavin, y éste había accedido a trasladarse a la capital francesa, adonde arribaría posiblemente pasadas unas veintidós horas, o sea, sobre la una o las dos, hora París. Edwin Zickel se mostró satisfecho de la noticia. Según explicó, bastante antes de ese plazo, él ya habría salido de dudas. Aludía con ello a la entrevista que concertó con usted. Edwin Zickel le esperaba esta mañana en su casa. Al no presentarse usted, tendría la seguridad de haber sido víctima de un engaño, y entonces se pondría en comunicación con París, para decirle a Sardou que

cerrase el trato, anunciándole, tal vez, su inmediata salida en avión para Francia, ya que, según el telegrama, la dama de sus sueños reside allí. Todas estas noticias —concluyó Carey— tenía que habérselas dado anoche de madrugada, pero, ya le digo, cuando pregunté por usted en el “Beverly”, ya no estaba allí. ¿Qué pasó?».

Randall informó detalladamente de su aventura, pero escamoteando cuántos datos hacían referencia a la intervención de Diana en ella. Estaba convencido —al menos así lo creía— de que la participación de la muchacha en los últimos acontecimientos era algo puramente marginal. En estas circunstancias, su vivo interés afectivo por ella se revelaba como un problema íntimo, privado, en el que sus jefes no tenían por qué intervenir. Es más, en su situación, la complicación sentimental no sería mirada con buenos ojos, despertando quizá recelos, infundados, claro está, pero fácilmente comprensibles. Él había depositado en Diana una fe ciega, que tal vez sus jefes, al no conocerla, habrían reputado absurda.

Abut Carey le escuchó con sumo interés sin interrumpirle, y, cuando Bill terminó su relato, le dijo:

—Bueno: creo que la madeja se va desenredando. Lo que usted cuenta confirma la sospecha que parecía señalar como director de todo este concierto a ese Kapaiev. Cuando usted vino a verme ayer por la mañana, después de su entrevista con Edwin Zickel, yo transmití sus impresiones. Inmediatamente debió ponerse en movimiento nuestro aparato de investigación. Lo digo porque, horas más tarde, recibía noticias relacionadas con Nick Barton, a quién usted señalaba como máximo sospechoso. Dada la índole del asunto, su intervención no se comprendía muy bien. Entonces es cuando aparece ese Basil. Se trata, según los informes, de un exfuncionario del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético. Este individuo abandonó su país hace unos ocho o nueve meses, y buscó refugio en la zona británica de Alemania, trasladándose después a Inglaterra. Hace dos meses, Nick Barton llegó a Londres, en viaje, al parecer, de turismo. Allí debió conocer a Basil Kapaiev. Éste solicitó la entrada en los Estados Unidos, en donde había Concertado un ciclo de seis conferencias. Se le concedió permiso por un período de seis meses, y hace justamente cuarenta y cinco días descendió del avión, procedente de Inglaterra, en el aeropuerto de la Guardia.

Dato curioso: en aquel mismo avión regresaba Nick Barton. Posteriormente, se logró ver a Basil en el «*Barnard Club*» en compañía de su amante.

—¿Qué amante? —interrogó Randall.

—Bueno, su secretaria, según la versión oficial. ¡Vino con él de Londres!, una muchacha demasiado sugestiva para no despertar fundadas sospechas en ese terreno: su nombre es Sally Millnes, de nacionalidad inglesa. Pero... a lo que importa: quince días después de la llegada de Basil, tiene lugar el famoso baile de disfraces en el «*Barnard Club*», y comienza la campaña de la Zickel. Estos hechos, relacionados con la nueva aparición de Kapaiev en la granja donde le secuestraron anoche, confirma la opinión que ya había enraizado en el ánimo del «patrón» de ser ese emigrado ruso la cabeza rectora de todo este negocio. ¿No le parece?

Al no recibir respuesta, Carey alzó los ojos para fijarlos con extrañeza en el rostro de su interlocutor.

—Pero ¿qué diablos le pasa a usted, Randall? Está blanco como el papel.

—¡Oh!... Perdone. Me ha dado una especie de mareo. Llevo sin probar bocado desde ayer por la tarde. Pero ya ha pasado... Se me olvidó decirle que vi a esa Sally en el despacho del club. Pero entró con Nick.

—Basil quedaría afuera.

—Yo supuse que sería la chica de Barton, o tal vez su sobrina. Lo digo porque me pareció oírle decir «tío Nick».

—¡Tonterías! Barton no vive con ninguna sobrina. ¿Se trataba de una muchacha muy hermosa, de unos veinte años, de pelo negro y ojos azules?

—Sí.

—Pues no cabe duda: era la amante del ruso. Ahora, no perdamos más el tiempo. Dispone de seis horas para arreglar sus cosas y marchar al aeropuerto de Idlewild, en donde cogerá el avión para Europa. Todo lo que le hace falta, con las instrucciones, va en esa cartera.

Abut Carey le señaló una reluciente cartera de mano, con cierre de cremallera, que aparecía sobre la mesa. Randall se hizo cargo de ella sin despegar los labios, y Carey le golpeó amistosamente el brazo.

—Bueno; ahora repare fuerzas, enciérrese en su cuarto y repásele todos esos papeles. La documentación va a nombre de Gilbert Rodnev, industrial de Rochester, en viaje de turismo por Europa. No se quejará. El avión sale a las tres. ¡Buena suerte. Randall!

A una señal del jefe de recepción, el *boy* se apresuró por el espacioso *hall*, detrás de un hombre que, en aquel momento, ascendía por la corta escalinata camino de los ascensores. Le dio alcance cuando va el huésped se disponía a entrar en uno de ellos e intento atajarle el paso.

—¡*Mr.* Conway!

El aludido, sin bajar la cabeza, lo apartó, cogiéndole por el hombro. El muchacho insistió, y entonces el hombre lo miró de un modo sombrío.

—¡No molestes! ¡Fuera!...

El chico se quedó de piedra, mientras el ascensorista cerraba las puertas y le guiñaba disimuladamente un ojo.

—¿Planta, señor?

—Siete.

Randall iba de pie, inmóvil como un poste, insensible a todo cuanto le rodease. Toda su atención la acaparaba una escena de inminente representación. Al margen de ella, una quietud cargada de tensión y puros movimientos reflejos. Como cuando se detuvo el ascensor y el muchacho le franqueó la salida. Entonces Randall echó a andar por el pasillo con pasos acompasados, de autómeta, hasta alcanzar el departamento 315. Pero la puerta estaba cerrada, y, de súbito, cambió la decoración: Randall traqueteó la hoja con violencia. Cayó la llave, que estaba puesta por fuera, con un tintineo sobre el suelo de mosaico, y Randall se agachó para cogerla. Cuando abría la puerta, temblaba de ira. Después de cerrarla de golpe, recorrió con veloz mirada la habitación, y avanzó a grandes trancos hacia el dormitorio contiguo, cuya puerta de comunicación aparecía abierta. ¡Nadie! Sólo el lecho revuelto, hablaba de la presencia de aquella mujer.

—¡Diana!

En el cuarto de baño adjunto, tampoco pudo localizarla. ¿Sería posible? Al entrar de nuevo en su alcoba, lo hizo casi corriendo.

Abría furiosamente los ojos, sin querer concederles crédito.

—¡Diana!

Pero tampoco estaba allí. Su maleta completamente abierta y vacía, aparecía en el suelo, y el contenido, en informe revoltijo, sobre un sillón. Allí habían andado sin duda sus malditas manos revolviendo, buscando algo, mientras él se encontraba ausente. Desalojó el sillón de las prendas, lanzándolas al suelo con furia pieza a pieza, con una atención reconcentrada, febril, como si esperase insensatamente ver aparecer a la muchacha debajo de alguna de ellas. Cuando terminó, lanzó el sillón de una patada contra el tabique, y apretó los puños, que blanquearon de ira.

—¡Maldita seas mil veces!

Después, se dejó caer de golpe sobre la cama.

Un cuarto de hora más tarde, se incorporaba del lecho. Las ropas de la cama, tiradas en el suelo, mostraban el desgarrón producido por uno de sus zapatos. En el resto de la alcoba, el orden no era mucho más riguroso. Randall sonrió con odio. En aquel momento, su excitación había desaparecido: por lo menos, aparentemente. El disperso haz de fuerzas se concentraba de nuevo en su ánimo, llenándole de una calma tensa, viril. Cogió el teléfono.

—Olea, señorita. Póngame con el *comptoir*. Le habla James Conway, del 315. ¿Ha visto salir a mi esposa?

—Sí, *Mr.* Conway. Precisamente cuando usted entraba en el hotel, mandé a un chico para que le dijese que su señora había dejado una carta. Salió unos quince minutos antes de llegar usted, y me encargó que le diera la nota.

—Muy bien. Ordene que me la suban. ¿Le dijo algo más?

—Nada más, *Mr.* Conway.

Randall se dedicó a recoger sus ropas del suelo, disponiéndolas en la maleta. En ésta, el revestimiento de piel había sido descosido por dos de sus bordes, con la indudable finalidad de poder deslizar una mano entre él y el armazón. Randall se limitó a sonreír con odio, sin hacer el menor comentario de viva voz.

—¡Adelante!

Le entregaron la carta. Sobre y papel del «Dixie Hotel». Cuatro líneas:

«Bill:

»Me marchó. Quizá algún día pueda explicártelo todo. Por mi parte creo en ti, necesito creer en ti.

»Te quiere irremediablemente,

»Diana».

Profirió una maldición y arrojó sobre y papel, en apretada bola, por la puerta de la alcoba que ocupara la muchacha. No le engañaría más; sabía ya a qué atenerse. ¡Como había jugado aquella maldita con él! Y, ahora, todavía pretendía prolongar la canallesca comedia con aquella carta que... Por fortuna, la luz se había hecho en su estúpido cerebro; Carey le había abierto los ojos. Ella era, sin duda, la amante del ruso. Cuando le vio en el club, le reconoció inmediatamente, pero no quiso, decirle nada a Nick, y, más tarde, le hizo la confidencia a Basil. Entonces, éste se dio exacta cuenta de la situación, y, en combinación con su amante, dispuso aquel plan, con la finalidad de descartar a Nick Barton del negocio. La trampa estaba muy bien urdida. Nick no podría sospechar nada, porque Basil se presentaría como una víctima más de la supuesta traición de su amiga. Entre tanto, Sally engañaría a aquel bobo de Bill Randall, contándole un cuento chino y declarándose enamorada de él. En cuanto tuviese el grabado en sus manos, volaría a los brazos de su amante, dejándole chasqueado. Pero los dos se pasaron de listos al creer firmemente que el grabado estaba en su poder, sin adivinar el verdadero juego de Randall. Sally debió suponer que lo guardaría en su maleta, y por eso, en cuanto él salió a la calle, le faltó tiempo para registrarla minuciosamente. Lo que no comprendía muy bien era el motivo de que le hubiese abandonado con las manos vacías. ¿Habría adivinado, de pronto, que él no tenía el grabado? En este caso, ¿cómo pudo saberlo? No lo entendía. O tal vez... Sí, probablemente, después de echarse él a la calle, Sally quedó informada de la aparición del codiciado aguafuerte de «La Negra» en Francia, haciéndosele entonces evidente el juego de Randall. Claro que la noticia no le pudo venir por el aire; alguien debió comunicársela.

Randall se dirigió apresuradamente al teléfono, que aparecía sobre la mesilla de noche, y descolgó el auricular.

—¡Diga! —solicitó la voz de una chica de la centralilla.

—Habla James Conway, del 315 —¿Podría decirme, señorita, si

ha telefoneado alguien esta mañana, preguntando por mí o por mi esposa?

—¡Un momento!... No, nadie, *Mr.* Conway.

—¿Está segura de que mi esposa no ha hablado con alguien?

—Su esposa, sí. Pero no la llamaron; fue ella la que solicitó un número, hará cosa de hora u hora y media.

—¿Podría darme ese número?

—Lo siento, *Mr.* Conway, pero no solemos anotar los teléfonos que nos dictan cuando la comunicación es inmediata. Sólo recuerdo que era Circle, pero las cifras ya las he olvidado.

—Está bien. Muchas gracias.

¡Exacto! Ella telefoneó a Basil, y éste le puso en antecedentes de la nueva situación, ordenándole que se ausentase inmediatamente del hotel. Claro como el agua.

Randall respiró con fuerza, y consultó su reloj. Las once menos diez. Disponía a lo sumo de tres horas para estudiarse todos los papeles que figuraban en la cartera que le entregara Carey. Los sacó a la luz. Lo primero que vieron sus ojos fue una hoja de papel de barba cuidadosamente doblada. En su parte externa, alguien había escrito con lápiz rojo: «Prueba de segundo estado de “La Negra”. Vea instrucciones». En efecto, aprisionado entre ambas mitades aparecía una buena prueba del famoso aguafuerte, en papel de hilo. Se guardó el grabado junto con el pasaporte y los demás documentos que hacían referencia a su nueva personalidad. Ahora tendría que grabarse bien en la cabeza las complicadas instrucciones que aparecían en varios folios mecanografiados, y los nombres y señas de los enlaces en Europa. Después, destruiría todo el material informativo, en unión de los papeles de identidad a nombre de Joe Gray.

En aquel momento necesitaba concentrarse, arrojar de su ánimo cuantas preocupaciones pudiesen apartarle de su deber como agente del

F. B. I.,

al servicio de su patria.

Avanzó, hasta situarse a la entrada del dormitorio que ocupara la muchacha, y paseó por última vez la mirada por el cuarto que aún conservaba las huellas de su reciente paso.

—Cuando regrese, te acordarás de Bill Randall, Sally.

No dijo más, y cerró la puerta.

CAPÍTULO VII

Era la segunda vez que visitaba París. En la primera, su estancia se prolongó más de dos meses. Estuvo desenredando los hilos de una vasta organización dedicada al tráfico clandestino de divisas. Flamantes billetes procedentes de espectaculares atracos a Bancos de Chicago, de Filadelfia, de Nueva Orleans... desaparecían misteriosamente de la circulación, sin poder localizarlos por todos los Estados Unidos, a pesar de que la numeración obraba en poder de las autoridades. Su trabajo en París demostró que todos aquellos dólares cruzaban el Atlántico, siendo adquiridos, a bajo precio, por la organización internacional de divisas que traficaba con ellos en Europa. Un servicio relevante, con repercusiones inmediatas en su patria, en donde cedió, de súbito, la ola de atracos al quedar desarticulada la poderosa organización que adquiría la «mercancía» desde Europa. Fue por el 48. Ahora, después de dos años, Randall volvía a pisar tierra francesa, en el aeropuerto de Le Bourget, Eran las nueve de la mañana.

Como correspondía a su calidad de turista yanqui, el taxi le llevó al «Carlton Hotel», en la Avenida de los Campos Elíseos. En cuanto se vio a solas en el cuarto, le faltó tiempo para coger el teléfono y marcar un número que se sabía de memoria.

—¿M. Paul Crillon?... De parte de Gilbert Rodney...

Segundos después, escuchaba por el auricular la voz un poco chillona de un individuo que le hablaba alborozado:

—¡Oh, *Mr.* Rodney! ¿Cuándo ha llegado?

—Hace muy poco. Estoy en el «Carlton».

—¡Magnífico! Recibí su carta, pero creí que habría retrasado el viaje. Le gustará París, y yo me encargo de ello. ¿Qué cuarto le han designado?

—El 121.

—Muy bien. Pues espéreme en él, sin moverse. Enseguida soy

con usted. ¡Mucho gusto en saludarle, *Mr.* Rodney!

—Igualmente.

Veinte minutos más tarde, un «botones» le anunciaba la visita de M. Crillon. Entró un hombre de mediana edad, menudo, de ojos inquietos, que se dirigió a él manoteando con grandes muestras de afecto, aunque Randall era la primera vez que lo veía.

—¡Caramba! ¡Ya tenemos en París a *Mr.* Rodney! —Le sonrió, abiertamente, a tiempo que le estrechaba las manos con efusión.

Salíó el «botones» cerrando la puerta, y el rostro del visitante cambió súbitamente de expresión, tornándose grave.

—¿Llegó con retraso el avión? —le preguntó.

—Sí; dos horas. Cerca de Irlanda tuvo que desviarse de la ruta por culpa de un núcleo tormentoso. Eso dijeron.

—Bueno, de todas formas, son las diez, y todavía faltan cuatro horas para la llegada del expreso de Burdeos, en donde viene ese Pierre Lavin con el grabado. Le informaré lo más rápidamente posible de cuanto se me ha comunicado, con órdenes de transmitírselo. Pero salgamos al balcón.

Se acodaron en la balaustrada con el aire, de dos ociosos huéspedes que hubiesen salido del cuarto para admirar y comentar el espectáculo que a aquella hora ofrecía la popular avenida, que encauzaba un río de coches y de viandantes.

—Le transmitiré las noticias por el orden que llegaron a mí —le dijo el visitante—. La primera, da cuenta de una conferencia entre Edwin Zickel y su representante en París, a instancias del primero. Le dice a M. Sardou que el grabado que declaró poseer, Pierre Lavin es, sin duda, el que se busca, y le anuncia su salida para esta ciudad, en cuanto arregle el asunto del visado del pasaporte. De no llegar él a tiempo, M. Sardou queda autorizado a cerrar el negocio con el tal Lavin, conservando en su poder el grabado hasta la llegada de Edwin Zickel.

»La segunda información hace referencia a dos individuos, de nombres Barton y Basil. Ambos han sacado pasajes de avión para trasladarse a ésta, adonde llegarán sobre las tres o las cuatro de esta misma tarde. Se supone, lógicamente, que ya tenían sus papeles en regla.

»La tercera, registra una charla telefónica en Nueva York. Una dama llama al domicilio de Edwin Zickel, preguntando por éste. Se

trata de una tal Cecile Marty, y le recuerda un baile de disfraces, en donde se conocieron. El hombre da señales de sentirse vivamente emocionado. Le dice a la dama que ya conocía su nombre por haberse localizado por fin el grabado, noticia que ella recibe con alta complacencia. La mujer explica a su comunicante que, cuando tenga en su poder la prueba de “La Negra”, la podrá ver en París. Ahora bien; por motivos que más tarde le aclarará, sus señas ya no son las que figuran en el dorso del grabado. Edwin no deberá comunicar a nadie la aparición del famoso aguafuerte, reservándose escrupulosamente la noticia; aún más, deberá ponerse en inmediata comunicación con su representante en París, para que éste deposite el valioso papel en lugar seguro —la caja de un Banco— tan pronto como haya cerrado el trato con el viajero de Nantes. Tres fechas más tarde, ella ya estará en París y le telefoneará al “Ambassadeur” —en el que deberá hospedarse Edwin— para informarle de su domicilio, adonde le llevará el grabado, y conversarán ampliamente. Se registra, por último, una segunda y definitiva llamada a París desde Nueva York, en el curso de la cual Edwin Zickel transmite a su representante las órdenes que le fueron dictadas por la desconocida: en cuanto M. Sardou tenga el grabado, lo depositará, sin demora, en un Banco, hasta que él se haga cargo del preciado papel a su llegada a esta ciudad. Y aquí se acaban mis informes, míster Rodney —concluyó.

—¿No le han hablado también de una tal Sally Millnes? Es la amante de ese Basil, y quizá venga con él a Francia.

—No. En los informes recibidos no se alude para nada a esa mujer.

—Está bien. ¿A qué hora arribará Pierre Lavin?

—El tren llegará a la estación de St. Lazare hacia las dos y cuarto, o sea, dentro de unas cuatro horas.

—¡Ya! ¿Se sabe algo de ese individuo?

—Conseguimos ciertos, datos por mediación de una agencia informativa con sucursal en Nantes. Se trata de un individuo soltero, que trabaja como camarero en...

—Me refiero a datos personales; de su físico —aclaró Randall.

—En ese sentido, también nos dieron algunos. Es de mediana estatura, de unos treinta años de edad, pelirrojo, con el rostro lleno de pecas.

—¡Magnífico!

Randall guardó un largo silencio meditativo, y, al final, volvió a dirigirse a su interlocutor:

—Creo que las circunstancias nos han favorecido extraordinariamente. Si somos listos, cuando Barton y Basil lleguen a París, esa prueba de «La Negra» ya estará en nuestro poder. Después, les daremos gato por liebre.

—¿Qué quiere decir?

—Algo bastante sencillo. Présteme atención...

Durante diez minutos, Randall puso a su interlocutor en antecedentes del asunto, explicándole cuánto convendría hacer sin pérdida de tiempo. El plan era perfectamente viable, y sólo hacía falta preparar los detalles que requería su ejecución, tarea de la que se encargaría M. Crillon en contacto con un tercer personaje.

—Perfectamente —aprobó Randall—. Quedamos, pues, en que usted se ocupará de todo, y que a las dos menos cuarto pasará por aquí a recogerme. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Se estrecharon las manos, y Randall acompañó al visitante hasta la puerta.

Los viajeros que acababan de descender del expreso de Burdeos en la estación terminal de St. Lazare, se dirigían en apretado haz hacia la salida. Allí les aguardaba el inevitable coro de mozos uniformados, que voceaban nombres de hoteles más o menos famosos, «Astoria», «Maurice», «Anglaterre», «Claridge»... La mayoría hacía caso omiso de aquellas voces y salía al exterior, para dirigirse a la gran parada de taxis, que se congregaban en semicírculo en la explanada, frente a la estación.

Uno de estos viajeros, individuo pelirrojo, con el rostro cubierto de pecas, que llevaba una pequeña maleta en la mano, pensó hacer lo mismo, pero inopinadamente alguien gritó un nombre a sus espaldas, y el hombre dio la vuelta, sorprendido. Un chofer uniformado con gorra de plato y polainas, se dirigió a él:

—¿M. Pierre Lavin?

—Sí —confirmó el pelirrojo, con extrañeza.

—Mi señor le aguarda afuera, en el coche.

—¿Su señor? ¿Quién?

—M. Gerard Sardou.

—¡Ah, ya! Será el jefe en París de la Compañía Zickel, ¿verdad?

—El mismo. Le espera afuera.

Segundos más tarde, el recién llegado ascendía a un lujoso sedán y se sentaba con visible complacencia entre dos caballeros que le recibieron con grandes muestras de cortesía. El chofer quiso hacerse cargo de la pequeña maleta del viajero, pero éste se opuso y la colocó en el suelo, junto a sus pies.

—Se me olvidó decirle que bajaría a esperarle a la estación, y, por un momento, temí que Maurice no pudiera localizarle.

—Han sido ustedes muy amables, M. Sardou.

—¡Por Dios! ¡Encantados! Ahora le llevarán al hotel, donde ya tiene reservada habitación. Sus gastos en París corren de cuenta de la casa... ¡Al «Hotel Reynolds», Maurice! —terminó, dirigiéndose al chofer.

Arrancó el auto, y el individuo que se sentaba a su derecha, y que le fuera presentado como el secretario de M. Sardou, le sonrió ampliamente.

—Es usted el hombre de la suerte —le dijo—. Ahí es nada: treinta mil dólares por un grabado que, todo lo más, valdrá seiscientos. Cuando lo adquirió, no pensaría que haría su fortuna, ¿verdad?

—Lo bueno es que no lo compré. Me vino a las manos sin pensarlo —aclaró Pierre Lavin, que reía satisfecho.

—¡Diablo! Eso sí que es interesantísimo. ¿Cómo fue?

—Por el 45, cuando la guerra daba ya sus últimas boqueadas —concretó—. Hacía dos años que me habían movilizado los alemanes, incorporándome a una brigada de trabajo. Me llevaron a Alemania, y allí estuve todo el tiempo trabajando forzosamente en una fábrica de municiones de Wusterhsn. El 22 de abril dejamos de trabajar, y pasamos cinco días en los barracones de madera donde nos alojaban, vigilados por los guardianes. Decían que nos iban a trasladar a no sé dónde, pero al quinto, cuando despertamos, nuestros guardianes se habían marchado, y, doce horas más tarde, los norteamericanos entraban en el pueblo. Todavía pasamos allí más de un mes, hasta que, finalmente, nos metieron en un tren que nos reintegró a Francia. Fue una época bien azarosa.

—¿Y el grabado? Se le olvidó decirnos...

—¡Es verdad! Me salté tontamente el tema. El grabado vino a

mis manos de la manera más inesperada. Me lo encontré. Fue al tercer día de la entrada de los americanos en Wusterhsn. Por aquellas fechas, la ansiada libertad, después de dos años de absoluta reclusión, me impelía a caminar por los alrededores sin descanso. A unos diez kilómetros al norte de Wusterhsn, en Trummitz, se encontraba otro grupo de compatriotas, y aquella mañana, muy temprano, decidí hacerles una visita. Pues bien, llevaba andados unos seis kilómetros, cuando tuve sed y me desvié de la carretera para dirigirme a un soto, en donde suponía que encontraría agua. Crucé un prado, y en una hondonada me encontré con un espectáculo muy poco agradable: una quincena de cadáveres vistiendo el uniforme alemán de una unidad de zapadores. Poco después, se demostró que eran rusos.

—¿Rusos?

—Sí. Prisioneros. Los alemanes solían movilizarlos para trabajos en la retaguardia. A aquellos quince hombres, los habían fusilado. Todos presentaban heridas a la altura del pecho, y el tiro de gracia en la cabeza. Eso dijeron.

—¿Y el grabado? —volvió a interrogar el secretario de M. Sardou.

—A eso voy ahora. Uno de aquellos hombres apretaba en su mano derecha un gran sobre enrollado. Dentro de él, resguardado por una cartulina, estaba el grabado. En la cartulina aparecía, escrito a lápiz: «Magnífica prueba del famoso aguafuerte de Rembrandt “La Negra”, adquirido en 1934 por doce mil marcos». Una vez en Francia, escribí a las señas que aparecían en el dorso, por si aquella Cécile Marty resultaba su dueña legítima, pero me devolvieron la carta, consignando que se desconocía al destinatario.

Con posterioridad, pude comprobar, sin temor a dudas, que la tal Cécile Marty nunca había residido en Mentón. Y esto es cuanto puedo contarles.

—¡Asombroso! —contestó su interlocutor.

—Yo creía que ustedes ya sabrían algo de todo esto —apuntó Pierre Lavin.

—¿Por qué?

—¡Hombre! Es muy raro que ustedes ofrezcan treinta mil dólares por algo que no vale, ni muchísimo menos, esa exorbitante cantidad. Este hecho, y las extrañas circunstancias en que vino a mi

poder el grabado, me hacían sospechar...

—Nosotros actuamos como meros mandatarios de nuestra central en Nueva York —intervino M. Sardou.

—¡Ya comprendo! —asintió Pierre Lavin—. En fin, allá ustedes. Yo me declaro archisatisfecho con los treinta mil dólares, y nada más me preocupa.

—Conducta loable, a todas luces, M. Lavin —sonrió el secretario—. Pero vea, hemos llegado al hotel.

Descendieron los tres personajes, y se adentraron en el fastuoso *hall*. El secretario de M. Sardou se dirigió al *comptoir*, en donde le hicieron entrega de la llave del departamento reservado a nombre de Pierre Lavin. Éste no consintió en ceder la pequeña maleta al «botones». Subieron en el ascensor hasta la planta tercera, y allí el muchacho les franqueó la entrada de un lujoso departamento compuesto de gabinete, alcoba y cuarto de baño, con espléndidas vistas al Parque Monceau. Pierre Lavin, que se sentía deslumbrado, echó un vistazo por uno de los balcones, y después se dirigió a sus amables acompañantes, que aguardaban de pie en medio de la sala.

—Creo que se exceden, señores, y, en realidad, no sé cómo agradecerles...

—Lo comprenderá enseguida, M. Lavin. Tenemos que hablar con usted.

El tono de la voz y la repentina seriedad de que ahora hacían gala los rostros de aquellos dos individuos, le llenaron de súbita alarma.

—Creo que no hace falta. Esta misma tarde me pasaré por su despacho, y ustedes...

—Se engaña, M. Lavin. Ni este señor ni yo tenemos nada que ver con la Zickel.

—Pero... esto es una encerrona —balbució el hombre, cuyo rostro se cubrió de repentina palidez.

—Algo así, pero no se alarme, y procure sujetar sus nervios. Si es usted razonable, nada le pasará ni sus intereses se verán perjudicados.

Mientras hablaba, el supuesto secretario había sacado una pistola, encañonando al estupefacto Pierre Lavin, que sólo sabía abrir la boca. El otro personaje le arrimó una silla, en tanto que el de la pistola le indicaba con un ademán que se sentase. El hombre,

que todavía no había salido de su estupor, se dejó caer en el asiento, sin pronunciar una sílaba. Le imitaron sus acompañantes, y el falso secretario le dijo:

—Escúcheme con atención, que le conviene.

—Yo...

—¡No me interrumpa! Comprenda que está usted en nuestras manos. Si en estos momentos nos disponemos a charlar con usted, en vez de actuar, como sería, al parecer, lo lógico, es porque así conviene a nuestros intereses y... a los suyos. Se lo demostraré. Como ya habrá adivinado, estamos aquí para llevarnos el grabado que busca la Zickel y que, a no dudar, guarda en su pequeña maleta. En la presente situación, usted ya ha caído en la trampa, y nuestra tarea quedaría reducida a atarle y amordazarle concienzudamente para, a continuación, marcharnos con el papelito. Algo muy fácil y rápido, pero por ciertos motivos no nos interesa perjudicarle. Nosotros nos llevaremos su grabado, pero usted se embolsará los treinta mil dólares si sigue nuestras instrucciones, sin correr el menor peligro de que nadie descubra el fraude. Présteme la máxima atención. —Hizo una, corta pausa, y prosiguió—: Cuando salgamos de aquí, usted quedará atado y amordazado de tal manera, que por su propio esfuerzo podrá librarse de ligaduras y mordaza, después de un tiempo prudencial. No nos denuncie, si no quiere despedirse para siempre de la fortuna que le ofrece la Zickel. Esta misma tarde telefonea a M. Sardou anunciándole su visita, se ponen de acuerdo y, lo antes posible, cierran el trato. Usted les entrega el grabado prometido, y ellos...

—Pero yo ya no lo tendré...

—Se engaña. Ahora lo verá.

A una seña de su interlocutor, el otro personaje le alargó una pequeña cartera de mano. El falso secretario la abrió, y sacó de ella una hoja de grueso papel que, al darle la vuelta, resultó ser otra prueba del mismo grabado que Pierre Lavin guardaba amorosamente en su maleta.

—¿Comprende? Usted le entregará a M. Sardou éste, y el otro nos lo llevaremos nosotros.

—Eso es absurdo. El de ustedes no posee las características del que se reclama.

—¡No sea ingenuo! Mi amigo se encargará de escribir al dorso

de esta prueba las señas que aparecen en la suya con el mismo carácter de letra y de idéntico modo, empleando tinta verde y roja. Lo traemos todo preparado, y le aseguro que nadie descubrirá nada. Usted se embolsará la valiosa recompensa, y los de la Zickel quedarán encantados. Siempre, claro está, que no divulgue esta aventura.

—No, no. Ignoro lo que intentan y yo...

—Le creía más listo, amigo —le dijo su interlocutor, con una sonrisa de burla—. Bien; entonces suspenderemos la conversación. Nos llevaremos su grabado y le encerraremos, muy bien atado, en el cuarto de baño. Cuando nos denuncie, nosotros ya nos habremos esfumado, y usted se encontrará burlado y sin cinco céntimos en el bolsillo. ¿Es esto lo que prefiere?

—Claro que no; pero es que de la otra forma quizá...

—¡No sea necio! Se lo digo por última vez: nada le puede pasar. Los de la Zickel buscan el grabado por un motivo muy distinto al nuestro, y el que le dejemos valdrá para ellos tanto como el suyo. ¡Decida de una vez!

—¡Bueno! —consintió—. En último extremo, si se descubre la trampa, contaré la verdad.

—No tendrá ninguna necesidad. Se lo garantizo.

¿Me da la llave de su maleta o está abierta?

Pierre Lavin debió considerar que no le quedaba otro recurso que acceder al deseo de aquellos dos individuos, y se limitó a sacar de su chaleco una llave diminuta, que alargó a su interlocutor. El otro personaje se encargó de localizar el precioso grabado entre la ropa blanca. Después extrajo de la cartera de mano dos pequeños tinteros, y se sentó frente a la mesa de mármol, situada en el centro del gabinete, para proceder a las consabidas, manipulaciones con el otro grabado. Minutos más tarde, la tarea de falsificación quedaba concluida a satisfacción... Reintegraron la falsa prueba en el lugar de la maleta que ocupara la verdadera, y le devolvieron la llave.

—Perfectamente. El asunto ya está resuelto. Ahora, para nuestra completa seguridad, procederemos a inmovilizarle por unos minutos. Siga al pie de la letra estas instrucciones: cuando se quede solo, roce la cuerda con que ataré sus manos a la espalda con esta lima —le mostró tal herramienta—, que yo dispondré convenientemente en el cuarto de baño. A los diez minutos, poco

más o menos, tendrá las manos libres y se podrá desprender de la mordaza y ligaduras de los pies. Proceda como si nada hubiese ocurrido, y comunique inmediatamente con M. Sardou para cancelar el negocio esta misma tarde. Este señor le dará toda clase de facilidades y, a la noche, podrá dormir tranquilamente, después de depositar en el Banco el cheque por los treinta mil dólares. Es seguro. Por lo que respecta al hotel, tiene la estancia pagada por diez días. Esta gentileza ha partido de nosotros.

—Muchas gracias —sonrió, de mala gana, el desconcertado Pierre.

—Burlas aparte, el dispendio, como comprenderá, ha sido interesado. En serio: actúe como le he dicho, y dentro de pocas horas comprobará que no le hemos engañado. Ahora sea dócil, y pasemos al cuarto de baño.

Entraron los tres en el cuarto de aseo y, diez minutos más tarde, salían de él el falso Sardou y su secretario.

Cuando los dos personajes subieron al coche que aguardaba a la puerta del hotel, el individuo que se había hecho pasar por el representante de la Zickel se retrepó en el asiento, respirando con satisfacción. El auto arrancó inmediatamente.

—Creo —dijo— que todo ha salido a pedir de boca, *Mr.* Rodney. Por lo menos, ya tiene en su poder el famoso grabado.

—Así es, *Mr.* Crillon. Comunique la noticia, y pida instrucciones. Yo estaré toda la tarde en el hotel.

—¿Cree que ese Pierre Lavin no hará alguna tontería?

—Lo dudo. Treinta mil dólares es un cebo demasiado sabroso para renunciar a él. El hombre hará, punto por punto, lo que le hemos dicho, y desempeñará la comedia a la perfección. Aunque desconfíe de nosotros, es la única esperanza que le queda si no quiere despedirse de los codiciados treinta mil dólares.

—Esta misma tarde saldremos de dudas. Montaremos una estrecha vigilancia, y veremos los pasos que da el personaje.

—Muy bien.

Minutos más tarde, el coche se detenía en la Plaza de la Estrella. Randall bajó a la acera y se separó del coche, que pronto desapareció por la Avenida Kleber. Nuestro héroe caminó a pie, confundido entre los numerosos transeúntes, hasta alcanzar la manzana que ocupaba el suntuoso «Carlton Hotel». Una vez en su

cuarto, pidió que le subieran la comida. Después sacó de la cartera el diabólico grabado de «La Negra» y lo estuvo contemplando detenidamente junto al balcón. Aparte de su valor artístico y de las inocentes señas que aparecían escritas en su dorso, ningún otro detalle revelaba el indudable aprecio que parecían sentir por él ciertas personas nada sospechosas de veleidades artísticas y sí de otras menos recomendables.

—¡Adelante!

Entró el camarero, empujando una ruedas, y Randall volvió a guardarse el intrigante papel.

CAPÍTULO VIII

Hasta el 24 de mayo, o sea, hasta tres días después de la llegada de Randall a París, fecha en que los acontecimientos se precipitaron para abocar por fin al espectacular desenlace de la aventura, ningún suceso de verdadera importancia vino a alterar el obligado compás de espera que abrió la ansiada aparición de la tan codiciada prueba de «La Negra». Resultó que el hallazgo del grabado en el que se centraban todas las esperanzas, por creer que su posesión proporcionaría la clave de todo aquel enredo, se reveló, en principio, completamente ineficaz en este sentido. Algo realmente decepcionante. Pero relatemos los hechos, para su mejor comprensión, por riguroso orden cronológico.

El día veintiuno, al anochecer, horas después de la descrita entrevista con Pierre Lavin en el «Reynols», el enlace del F. B. I.

telefoneó a nuestro personaje, que, según le anunciara, no se había movido en toda la tarde de su departamento del «Carlton». A las ocho y media, M. Crillon hacía nuevo acto de presencia en el cuarto del hotel.

—¿Ha recibido ya instrucciones? —le preguntó Randall, después de saludarle.

—Sí. En Washington se muestran encantados del trabajo, y no dudan de que, por fin, vamos a saber a qué atenernos. Esperan que el grabado contenga un mensaje secreto, o al menos cifrado, y se me ha ordenado que lo llevemos a cierto hotelito de Clichy, en donde se encargarán de sacarlo a la luz.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche. Abajo tengo el auto. Pero antes de marchar le informaré del estado de otros asuntos. Pierre Lavin, como usted suponía, ha cumplido al pie de la letra lo convenido, y, salvo él, todo el mundo ignora nuestra jugarreta. A las seis se ha

entrevistado con el representante de la Zickel, en su despacho de la rue Rivoli, y el negocio ya se ha cerrado a satisfacción de ambas partes. M. Sardou ha depositado la prueba para su custodia en el «Crédit Lyonnais», tal como le indicó. *Mr.* Zickel, y el afortunado Lavin es poseedor en estos momentos de la bonita suma de un millón ochocientos mil francos, cantidad que le ha sido entregada en cheque nominal y que al cambio actual, representa los treinta mil dólares ofrecidos.

—Era de prever. Ahora, nuestro hombre no descubrirá el pastel aunque lo descuarticen.

—Así lo creo yo también —sonrió M. Crillon—. Otra cosa: la anunciada arribada de esos dos individuos, Barton y Basil, para hoy, procedentes de América, no ha tenido lugar. El avión llegó a las cuatro, pero esos dos personajes brillaron por su ausencia en el aeropuerto. Al parecer, tomaron tierra en Inglaterra.

—¿Ah, sí?



—Cuando regrese te acordarás de mí.

115

—Seguro. De Nueva York partieron dieciocho viajeros con destino a esta ciudad, y en Le Bourget sólo bajaron dieciséis. Londres era el único punto donde el avión hacía escala.

—¡Ya!... —exclamó Randall, pensativo—. ¿Algo más?

—No. Esto es todo. Podemos marchar cuando guste.

El auto les dejó frente a un edificio de tres plantas con aspecto de moderno chalet, del Boulevard Besiers. En la verja se leía el siguiente rótulo esmaltado:

LABORATORIOS E. GIRARD, S. A.
Productos químicos y farmacéuticos

Un anciano portero les franqueó la entrada, y M. Crillon solicitó hablar con el doctor Smith, que, según dijo, ya les aguardaba.

—Pasen ustedes.

Segundos más tarde les recibía en su despacho un individuo ya de cierta edad, con el pelo gris, casi blanco, y unos ojos que brillaban juveniles a través de las gafas de una montura de oro. Randall abrió la boca de pasmo. No esperaba encontrarse allí con Clark Butler, el antiguo jefe de la oficina de claves del

F. B. I.

en Washington. Hacía diez meses que había cesado en su cargo, y, desde entonces, Randall ignoraba su paradero. Y ahora resultaba que...

Butler, que también le reconoció enseguida, se echó a reír.

—Hola, Randall. No ponga usted esa cara. No soy ningún fantasma.

—Pues casi llegué a creérmelo. ¿Qué tal, «doctor Smith»?

—Trabajando como siempre, «Mr. Rodney». Ahora aquí, en Europa. Creo que me traen algo, ¿verdad?

—Sí. Para usted será una chapuza. Ahora lo verá.

Bill Randall se sentía satisfecho. Nadie más indicado que el diablo de Butler para descifrar o revelar cualquier clase de mensaje secreto. Si el grabado contenía algo en este sentido —y así debía de ser, so pena de que todos los que andaban interesados en aquel asunto fuesen un atajo de locos— Butler se encargaría de hacerlo visible. Sacó de la cartera la prueba del aguafuerte y se la mostró, poniéndole en antecedentes de cuanto pudiese servirle de información.

—¿Tinta incombustible, dice usted?

—Así se leía en la copia que me enseñó el «patrón». Concretamente, estas palabras: «Material para tinta incombustible», y en la reseña figuraba este grabado.

—No sé qué diablos de tinta pueda ser ésa. Probablemente, un

camelo más de esos rusos. Trabajaré esta noche, y, de no obtener resultados, mañana haré las demás pruebas a la luz solar. Vengan por aquí hacia el mediodía. Por entonces espero haber encontrado algo.

Randall no dudaba del buen éxito de la empresa. Había oído hablar de Butller como un técnico de primer orden, un mago en el difícil arte de descifrar enigmas, según la general apreciación de sus antiguos compañeros de Washington. Por eso, a la mañana siguiente, cuando volvieron y Clark Butller les dijo que no había conseguido revelar nada anormal en el grabado, Bill Randall quedó profundamente desconcertado.

—¡Es absurdo!... —exclamó—. Tiene que haber mensaje. Tal vez se encuentre camuflado en el mismo dibujo.

—¡Tonterías! ¿Cree que soy un novato en estas lides? Lo he comparado con otra prueba del mismo estado de «La Negra», y no sobra ni falta línea. Tampoco se han empleado tintas simpáticas. Repito que aquí no hay el menor mensaje.

—¿Se ha olvidado ya de la tinta incombustible?

—¿Y qué es eso? Llevo más de veinte años trabajando en estas materias, y nunca me ha hablado nadie de esa fantástica tinta. Ganas de intrigar a la gente. Yo sólo puedo garantizarles que he empleado todos los procedimientos científicos conocidos hasta la fecha, sin el menor resultado positivo.

Cuando volvió a subir al coche, Randall ocupó el extremo del asiento posterior y allí se inmovilizó con el rostro grave, pensativo. Le sacó de su abstracción la voz de su acompañante:

—¿Qué cree que debemos hacer ahora?

—¡Eh! —Pues no sé... ¡Diablo de asunto! Comuniqué, por lo pronto, la noticia. Al «patrón» le va a sentar como un tiro. ¡Qué cosa más absurda! ¿Cómo es posible que se haya armado todo este jaleo en torno de un papel que no contiene nada?... Pero ¡aguarde!...

Randall se enderezó súbitamente en el asiento, y guardó un corto silencio, bajo la expectante mirada de M. Crillon. De pronto, se dirigió a su interlocutor con viveza:

—Creo que aún nos queda una salida. Si el grabado contiene algún mensaje y Butller no es capaz de revelarlo, los interesados en apoderarse de él serán los únicos que podrán saber el

procedimiento. El problema se resolverá obligándoles a que canten, y de eso me encargo yo. Por fortuna, hemos estado de suerte. Nuestra estratagema para escamotearles el grabado a nuestros enemigos a fin de que no puedan molestarnos, se revela ahora como una coyuntura favorabilísima a nuestros nuevos fines. Óigame atentamente, M. Crillon: tenemos que enterarnos de la llegada de Edwin Zickel a París. Esa Cécile Marty le telefoneará mañana al «Ambassadeur» para informarle de su domicilio en ésta, a fin de que él le lleve el grabado que supone el verdadero. Burton y Basil están, sin duda, en combinación con ella. Si consiguiésemos localizar a tiempo el domicilio de esa mujer, yo me encargaría de hacerles cantar. ¿Ha comprendido?

—Sí. Creo que Edwin Zickel llega esta tarde. Le informaré exactamente sobre este punto. Respecto al otro, aquí no podemos controlar los teléfonos, pero miraré de arreglarlo.

Aquella misma noche, Paul Crillon le visitó después de la cena, para enterarle de sus gestiones. Edwin Zickel se hospedaba ya en el «Ambassadeur», adonde había llegado directamente a las cinco, procedente del aeropuerto. El otro asunto había salido a pedir de boca. La telefonista del «Ambassadeur» había recibido de M. Crillon la cantidad de cinco mil francos, a cambio de informarle puntualmente del domicilio que una mujer le diese por teléfono al reciente huésped, en el curso de las veinticuatro horas, siguientes.

Ultimaron todos los detalles del plan, y se despidieron hasta el día siguiente a las siete de la mañana, hora en que nuestro héroe se pasaría por el domicilio del visitante.

A la hora fijada de la mañana del 24, Randall penetraba en el domicilio particular de M. Crillon, un pisito de la rue Dauphine, cerca de Pont Neuf. El coche ya se encontraba junto al portal de la calle, dispuesto a partir en cualquier momento. Nuestro héroe suponía que la llamada de la misteriosa Cécile al «Ambassadeur» tendría lugar a media mañana o después de comer. Hasta que esto sucediese, sólo cabía armarse de paciencia y esperar. Pero la espera se prolongó excesivamente, creando en su ánimo una impaciencia que, al final, resultó casi insufrible. Pasó sin novedad la mañana. Después de comer —Randall apenas probó bocado— estuvieron en un pequeño despacho, tomando café y charlando para matar el tiempo. Randall dirigía continuas miradas al teléfono, instalado

sobre la mesa, con la impresión de que el aparato había enmudecido para siempre. A las cinco de la tarde, sus nervios estaban a punto de estallar.

—¿Está seguro de que esa maldita telefonista no nos está tomando el pelo, M. Crillon?

—¿Por qué?

—Es imposible que no le hayan telefoneado a Edwin Zickel.

—La chica me garantizó que me avisaría. No olvide que sólo le entregué la mitad de lo prometido.

—Pues no sé... Esto es muy raro. Llámela. A lo mejor ha pasado algo.

M. Crillon cumplimentó su deseo, y marcó el número del «Ambassadeur». La telefonista le reconoció enseguida, y Randall, que había aproximado la cabeza al auricular, la oyó decir:

—Hasta ahora no ha telefoneado nadie. *Mr.* Zickel se encuentra en sus habitaciones, y, por lo visto, aguarda con la misma impaciencia que usted, porque ya me ha avisado tres veces para indagar si no ha pedido comunicación nadie. No se preocupe. Inmediatamente que se produzca la llamada, comunicaré con usted. ¡Buenas tardes!

Declinó el día. Las primeras sombras del crepúsculo invadieron la calle, y se encendieron los faroles del alumbrado. A las ocho, Randall se sentía de un humor sombrío, y permanecía hundido en el sillón con la convicción de que la aventura había fracasado. De pronto, inesperadamente, sonó el jubiloso repiqueteo del timbre.

—¡Diga!

Nuestro personaje, que se había puesto de pie de un salto, se inmovilizó, tenso el ánimo, junto a M. Crillon, que mantenía el auricular junto a su oreja.

—¿M. Crillon?

—Sí, sí.

—En este momento acaba de celebrarse la charla. La mujer se llama Cécile, y le ha dado las siguientes señas: 29, Rute des Molineaux, «Ville Jacqueline».

—Espere que lo apunte... Ya está... ¿Dónde es eso?

—En Issy, según le ha dicho ella. *Mr.* Zickel le ha comunicado que partirá inmediatamente para allá.

—Muy bien. Ya pasaré a verla. Buenas noches. —Colgó el

teléfono, y se dirigió a Randall, que le miraba con ojos brillantes—. Ya lo ha oído. Issy distará de aquí unos ocho o diez kilómetros. En el coche hay una guía. Tenga las señas.

Randall cogió el papel, y, sin despegar los labios, se encaminó velozmente a la puerta del piso.

El conductor conocía la ciudad a la perfección, y, una vez orientado, pudo elegir las calles apropiadas para trasladarse al indicado lugar con la mayor celeridad posible.

A las nueve menos veinticinco enfilaban la Rute des Molineaux. Unos trescientos metros antes del cruce con el ferrocarril de Versailles, quedaban suspendidas las edificaciones del lado derecho de la carretera, y sólo en el izquierdo se alineaban hotelitos aislados por jardines. El alumbrado era escaso. Mortecinas farolas de gas ponían islotes luminosos en las desoladas aceras.

—¡Pare aquí!

El coche se detuvo frente a uno de aquellos chalets, el número 21, según rezaba en el globo luminoso colocado al remate de la verja.

—Estacionese con el auto en la esquina de más arriba, fuera de la carretera, y espere allí sin moverse hasta mi regreso.

Randall puso pie en la solitaria acera, mientras el coche daba la vuelta para dirigirse al lugar indicado. Echó a andar aprisa. Cien metros más allá localizó «Ville Jacqueline», una edificación al parecer de dos pisos, completamente aislada de las demás y circundada por una tapia de ladrillo. El jardín, con arboleda, que se divisaba por la verja de entrada, estaba sumido en la obscuridad, y en la casa apenas silueteada no se veía una sola luz encendida. Al otro lado de la calle, se extendía un descampado hasta el límite de una línea de distantes faroles que dibujaba la trayectoria de una calle paralela...

Randall dio la vuelta a la tapia, y, por la parte trasera, la escaló fácilmente al amparo de la obscuridad, sin producir el menor ruido. Una vez en el jardín, avanzó sigilosamente hacia la casa. En su interior no se percibía señal de vida, y ni el menor rayo de luz se filtraba por las ventanas, que aparecían con las persianas de guillotina completamente echadas. Dio la vuelta a la esquina. En aquella fachada lateral sobresalía, a la altura del primer piso, una pequeña terraza semicircular, defendida por una baja balaustrada

de cemento. Se alzó a pulso, hasta asomar la cabeza, y creyó adivinar que el balcón que daba a ella sólo estaba cerrado por una puerta de cristales.

En aquel instante, se oyó el motor de un coche y el prolongado chirrido de unos frenos. No le cabía duda; un auto acababa de detenerse frente al hotelito. Randall se ocultó rápidamente. Sonó un timbre en el interior, y enseguida se encendió una luz en la puerta de entrada. Instantes después se oía abrir ésta, y un individuo cruzaba presuroso el rectángulo asfaltado que llevaba a la verja. Desde su escondite, Randall vio penetrar en el jardín al mismo individuo de antes, en compañía de otro; al parecer, Edwin Zickel. Se persuadió de ello al oír decir al personaje que saliera a abrir:

—Sí, *Mr.* Zickel. Mlle. Cécile le espera.

El tono de la voz le convenció de que no se trataba de Nick ni de Basil, cosa, por otra parte, muy natural. Con toda probabilidad, los citados personajes estarían ocultos en cualquier habitación, en espera de que, al finalizar la emocionante entrevista, el infeliz de *Mr.* Zickel se ausentase, dejando en poder de la intrigante Cécile el codiciado aguafuerte. Éste sería el momento más oportuno. Creyéndose al fin triunfantes y libres de recelos, autores y cómplices se reunirían en alguna estancia, para comentar el victorioso final de la aventura. Entonces sería cuando Randall podría caer, por sorpresa, sobre todos ellos, sin correr el riesgo de un ataque por la espalda. Se encararía con ellos, y les haría cantar por las buenas o por las malas, sin reparar en medios.

Trepó sin dificultad a la terraza, y comprobó con alegría que su suposición había resultado cierta: aquella puerta de cristales no significaría el menor obstáculo. Se ocultó en un rincón de la terraza, al amparo de la densa obscuridad, y dispuso su ánimo a la espera. Dentro de la casa reinaba un completo silencio. Probablemente, la entrevista tenía lugar en alguna habitación del ala opuesta.

Pasaron veinte minutos, y por fin se percibió rumor de pasos y el ruido de la puerta al abrirse, Randall asomó la cabeza. En aquel instante, el visitante, acompañado por el mismo personaje anterior, cruzaba el jardín en dirección a la salida. Oía el murmullo de sus voces. Desaparecieron de su campo visual, y el motor del coche se puso en marcha. ¡Por fin! Segundos más tarde, el zumbido del auto se alejaba carretera arriba, y la verja se cerraba de golpe.

Reapareció el acompañante de *Mr. Zickel*... pero ¡diablo!, ahora en compañía de otros dos personajes, que, emparejados, seguían sus pasos en dirección a la casa. Uno de ellos decía algo en voz baja, tajante. ¿Qué significaría aquello?

No pudo formularse la menor cábala. Un vivo resplandor iluminó de súbito la terraza. Alguien acababa de entrar en la habitación. Un candelabro de centelleantes bombillas, sobre una mesa central de mármol, filtraba su viva luz a través de los livianos cortinajes de gasa. Pasada la sorpresa, y en la seguridad de que nadie que estuviese dentro podría verle, Randall aventuró la cabeza para dirigir una mirada al interior de aquella especie de sala.

La sorpresa suspendió por un momento los latidos de su corazón, y la sangre huyó de sus mejillas. Allí, frente a él, estaba aquella maldita Sally o Diana, como diablos se llamase. Vestía un sencillo traje primaveral de ancho vuelo y manga corta, y se mantenía sonriente, al borde de la mesita de mármol, contemplando un grabado que sostenía su mano.

CAPÍTULO IX

A veces, una rapidísima sucesión de acontecimientos totalmente inesperados embota la capacidad de reacción de cualquier persona, por flexible que sea a las circunstancias. Algo de esto le ocurrió a Bill Randall. En aquellos inolvidables minutos, las sorpresas se encadenaron en un vértigo de pesadilla. Cuando al fin pudo recobrarse, la reacción fue puramente instintiva, sin la menor participación de la reflexión ni del cálculo.

Todavía no había salido del estupor que produjera en su ánimo la inesperada presencia, de aquella mujer, cuando un nuevo hecho vino a incrementar su desconcierto. Se dio cuenta de que, de pronto, la muchacha escondía, precipitadamente, el grabado, guardándoselo en su escote. ¿Qué le habría pasado? En aquel instante, penetraba en la iluminada estancia el personaje que momentos antes viera en el jardín, un individuo vestido, ceremoniosamente de negro, como un criado de casa distinguida. Pero su aspecto era muy extraño. Daba la impresión de sentirse asustado, y avanzaba hacia la muchacha con los brazos doblados y las manos separadas del cuerpo. Randall pegó la nariz al cristal, y entonces comprendió la nueva situación. Bajo el umbral de una puerta que se abría en el extremo, a la izquierda, se habían detenido los dos acompañantes que viera en el jardín: Nick Barton y Basil Kapaiev. ¡Eran ellos! Nick amartillaba una pistola, amenazando con ella al supuesto criado y a la muchacha, y Basil, junto a él, asistía de impasible espectador a la escena. Nick les decía algo, sin dejar de sonreír de un modo burlón, cruel. Después, avanzó dos pasos hacia el interior. La chica, que aparecía junto al criado, al otro lado de la mesa, había reaccionado al fin y hablaba aprisa, con el rostro arbolado de furor. Luego, gritó:

—¡No lo conseguiréis!

Entonces Nick se adelantó rápidamente, sin bajar la pistola, y

descargó con brutalidad por dos veces su mano izquierda sobre las mejillas de la indefensa muchacha, que retrocedió tambaleándose.

A partir de aquí, Randall ya no sabría explicar lo que después ocurrió. Su súbita reacción fue imprevisible, nacida de la raíz de su ser, instantánea como el rayo. No se dio exacta cuenta de que su mano empuñaba la «Lugger», mientras proyectaba con fuerza invencible su pie contra la frágil puerta, que saltó entre un estrépito de cristales rotos. Su fulminante aparición fue como un huracán súbito y arrollador. Nick Barton no supo, o quizá no pudo, reaccionar a tiempo. Retrocedió hasta la puerta, y, cuando intentó emplear el arma, ya era tarde. Sonó un estampido, y la pistola cayó de su mano, rebotando en el suelo mientras se llevaba la izquierda al hombro con un gesto de dolor. Basil Kapaiev se había quedado de mármol, a juzgar por su inmovilidad y palidez.

—¡Ya habéis caído en mis manos, perros! —masculló Bill, avanzando hacia ellos.

Pero, de repente, la muchacha, que había quedado a su espalda, asió el tapete de encaje que cubría el mármol de la mesa, y tiró con violencia de él, arrastrando el pesado candelabro, que cayó con estrépito, dejando la estancia en la más absoluta obscuridad.

—¿Qué diablos ha pasado? —gritó Randall, volviendo instintivamente la cabeza.

Un fogonazo, seguido de una detonación, se encendió junto a la puerta que se había tragado la obscuridad. Por fortuna, Bill se había echado a un lado. Descargó su «Lugger» por tres veces, y se oyó un prolongado gemido y el sordo rumor de un cuerpo que caía.

—¡Huye, Bill! —Oyó que le gritaba la muchacha fuera de la habitación, al parecer desde el jardín.

Entonces salió corriendo a la terraza. Divisó la silueta de la chica que, en aquel momento, se encaramaba a una especie de banco rústico, junto a la tapia. Trepó a ella con agilidad, y la vio desaparecer al caer al otro lado.

Tercos silbatos de alarma conmovían ahora el aire, y alguien golpeaba en la reja, desde la carretera, dando voces. Randall brincó sobre la balaustrada, cayendo al jardín, y corrió hasta el sitio por dónde la viera saltar. Instantes después, se encontraba al otro lado del muro. El descampado se extendía ante sus ojos. En la noche sin luna, la obscuridad era impenetrable. Allá, al fondo, dos luces rojas

anunciaban la vía férrea de la línea de Versailles. Se separó rápidamente de la tapia. Abría los ojos, tratando de localizar a la fugitiva. Creyó vislumbrar una figura blanquecina que corría a unos cuarenta metros frente a él, y se desplazó velozmente en su seguimiento. De pronto, aquella silueta desapareció, como si se la hubiese tragado la tierra. Cuando alcanzó corriendo el lugar donde se esfumara la sombra, el suelo se hundió bajo sus pies y rodó por una empinada pendiente arenosa hasta el fondo de una profunda hondonada. Comprendió lo ocurrido. A ella le habría pasado lo mismo. Cuando pudo incorporarse, buscó con los ojos muy abiertos en una y otra dirección, llamándola en tono bajo:

—¡Diana! ¡Diana!...

Nadie contestaba. Entonces rebuscó en sus bolsillos, hasta encontrar el encendedor. A la luz de los chispazos, la divisó al fin tras una ondulación del terreno, tratando de huir gateando por la otra pendiente.

—¡Diana!

La muchacha se dejó caer sentada en el suelo, y le plantó cara.

—¡No te acerques, Bill! ¡Por Dios te pido que no te acerques!

Randall, que ya había salvado de unas cuantas zancadas un tercio de la distancia, se inmovilizó frente a ella, impresionado por el tono cálido de su voz.

—Diana, no huyas. ¡Escúchame!

—¡Déjame, Bill! ¡No te acerques! ¡Te lo suplico!

—¿Crees que soy un simple? No escaparás ahora. Tenemos que hablar.

—¡No te muevas! Tengo una pistola en la mano, y dispararé si te acercas. No me obligues a hacerlo. ¡Te lo pido de rodillas, Bill!

El tono de voz era angustioso, y cualquiera hubiese jurado que Diana estaba llorando.

—Pero ¿qué diablos...? —murmuró el hombre, mientras sus pies avanzaban hundiéndose en la arena.

Sonó un débil chasquido, y Randall sintió un dolor agudo en su brazo izquierdo, como si acabase de recibir un lancetazo.

—¡Maldita víbora!

Tropezó con un montón de arena y dio un gran traspiés, para caer, finalmente, de espaldas, junto a la muchacha. No tuvo tiempo de incorporarse. Diana se abalanzó sobre él, abrazándose

absurdamente a su pecho.

—¡Amor mío!... ¡Bill querido!... ¡Perdóname! ¡Perdóname!

Se lo decía besándole repetidamente el rostro con unos labios cálidos y húmedos de lágrimas. Randall se inmovilizó, mudo de pasmo. Era tan disparatada la escena, que no sabía qué pensar. Diana seguía con su apasionante juego, solicitando su perdón y prodigándole los epítetos más enternecedores, sin cesar de besarle. Al fin, el hombre reaccionó y, sin saber por qué, se echó a reír, a tiempo que la cogía fuertemente del brazo.

—¡Oh, Bill, Bill!... —gimió la muchacha de gozo—. ¿Es verdad que vives, que yo no...?

—¡Cállate ya, víbora! Solamente me has hecho un rasguño en el brazo. Si querías mandarme al otro barrio, ¿a cuento de qué viene ahora toda esta comedia?

—¡Oh, Bill, yo no...!

—No, ¿eh? ¿Quién disparó, entonces, el «juguete»? Eres la criatura más hipócrita que me he echado en mi vida a la cara. Pero esta vez te tengo en mis manos, y no te escaparás sin que hablemos claro. ¿Te has enterado, diablo del infierno?

—Sí, Bill; lo que tú quieras. Ya nada me importa. Sé que he fracasado, y que sólo soy una pobre muchacha enamorada. Nada más.

—¡Ángel mío! —se burló Randall—. ¿Pretendes engatusarme de nuevo con tus bonitos trucos?

—¿Es que no crees que estoy enamorada de ti, Bill?

—Tengo fundadas razones para no creerlo, y tú bien las sabes. Ahora no perdamos más el tiempo, y cierra el pico. Tenemos que alejarnos enseguida de aquí. Y te advierto que como intentes escaparte otra vez, lo pasarás muy mal.

—No lo intentaré, Bill —aseguró la muchacha, con una humildad conmovedora.

—Perfectamente. De todas formas, dame la mano, que no me fió mucho.

Reanudaron la marcha, a través de la densa obscuridad, en dirección a la vía. Randall marchaba delante, sin soltar la mano de Diana, que le seguía dócilmente. Después de salvar la amplia hondonada, apretaron el paso hasta alcanzar la línea del ferrocarril. Desde allí se podía apreciar la aglomeración de personas y coches

frente al hotelito, en donde habían encendido todas las luces. Sin duda había llegado la policía, y ya estaba actuando.

—Han debido encontrar a Barton o a Basil. Uno de los dos cayó al suelo.

—También hirieron a Foster, cuando dispararon desde la puerta. Lo vi desplomarse antes de escapar.

—¿Quién era ese Foster?

—Ya te lo explicaré —dijo Diana.

Marcharon vía adelante, y pronto salieron a una calle paralela a la Rute des Molineaux. Ambos se habían sacudido el polvo de los vestidos, y enfilaron la acera cogidos del brazo, como una pareja de enamorados. Minutos más tarde, doblaban la esquina de la callejuela en donde aguardaba el coche que había traído a Randall. El chófer le vio enseguida y fue a su encuentro.

—¡Vámonos de aquí aprisa! —le ordenó Randall.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé a punto fijo. ¿Ha oído algo?

—Parece que dentro de la casa han encontrado a un hombre muerto y a otro malherido. Temía que le hubiese ocurrido algo a usted.

—Pues ya lo ve: he vuelto, y en compañía. Llévenos a casa de M. Crillon.

Cuando entraron en el piso de la rue Dauphine, el dueño les pasó al despacho. Randall le informó brevemente de todo lo ocurrido, y, después, mostró deseos de conversar a solas con la muchacha. M. Crillon salió, cerrando la puerta, y Bill se dirigió a la chica, que aparecía sentada en uno de los sillones con aire triste y pensativo.

—Bueno. Creo que ha llegado la hora de hablar claro.

—Sí, Bill. Hasta hoy he luchado con todas mis fuerzas para librarme de ti, pero al final tú has vencido. ¿Por qué has vuelto a atravesarte en mi camino, si no eres como yo te había soñado la primera vez que te vi?

—¡Caramba! ¿Y cómo demonios me habías soñado?

—Como un hombre honrado, Bill.

—¡Diablo! Me asombras.

—No te burles; te lo ruego. Te hablo con el corazón en la mano. No puedo quererte, pero tampoco preguntarte: ¿por qué persigues

con tanto ahínco la pista del maldito grabado?

—Puesto en el peor de los casos, podría responderte que por las mismas razones que tú.

—No, Bill —denegó Diana, con tristeza—; te engañas. Mis razones son muy poco egoístas. Yo sólo he buscado servir a mi patria, y tú eres el culpable de que hoy la traicione. Ya ves si te quiero.

—¿Qué dices, Diana?

—La pura verdad. Escucha, Bill. Hace ocho meses, Basil Kapaiev se instaló en Londres. Desde los primeros días mostró un vivo interés por establecer contacto con personajes de las altas esferas políticas de mi país. Al fin lo consiguió. El emigrado ruso tenía, por lo visto, algo que proponer al Gobierno británico. Pero no explicó concretamente de lo que se trataba, y se limitó a tantear el terreno, preguntando: «Si por mi mediación llegara a manos de Inglaterra una riqueza de muchos millones de libras, ¿me recompensaría el Gobierno británico con una participación razonable en los fabulosos beneficios? En caso afirmativo, ¿qué porcentaje se me asignaría? Se le respondió que sin saber ni remotamente de qué índole era el asunto que podía proponer, las respuestas a sus preguntas serían siempre caprichosas, sin la menor garantía de que, después, la realidad no forzase a su modificación. La verdad es que con aquel juego sutil lo único que se pretendía era que el hombre se explicase de algún modo, proporcionando, al menos, un esbozo del misterioso asunto. Pero Basil Kapaiev no cejó en su actitud. Por entonces, el ruso solicitó por medio de la prensa los servicios de una secretaria particular, y el Foreign Office me designó a mí para que solicitara el puesto. ¿Vas comprendiendo, Bill?».

—Sigue —indicó Randall, cuyo rostro había cobrado una perfecta seriedad.

—Me presenté a él con papeles en regla, extendidos a nombre de Sarah Millnes, aunque yo no me llame así, sino Diana Carter. Basil me aceptó inmediatamente, sin sospechar nada. Se me había instruido convenientemente. Mi objetivo era penetrar en aquel secreto que tan celosamente guardaba. Al poco tiempo, Basil se enamoraba de mí. Comprendió que yo no era una muchacha cualquiera, y a los dos meses solicitaba mi mano. Le hice ver que no me desagradaba, pero que su posición no era todo lo brillante que

yo necesitaba para decidirme a hipotecar mi espléndida libertad de soltera muy joven. Basil me anunció muy seriamente que pronto sería inmensamente rico. Yo traté de sonsacarle, sin el menor resultado. Un día Basil conoce en Londres a Nick Barton. Desde aquella fecha Basil suspende todos sus anteriores contactos con el elemento oficial del país. Adivino inmediatamente lo que ha ocurrido. Basil ha decidido franquearse con Nick, y los dos se han puesto de acuerdo. Gestiona la marcha a América, y a mí se me ordena que le acompañe. Día a día voy captándome su confianza. Constantemente me dice que pronto se verán colmadas sus ambiciones... y las mías. Cuando sea inmensamente rico, nos casaremos. Así se lo he prometido. Una vez en Nueva York, Basil me descubre una parte de su secreto. La fabulosa fortuna se encierra en una prueba del conocido aguafuerte de Rembrandt, «La Negra», singularizada por determinadas características, que está en poder de alguien cuyo nombre y paradero se ignora. Entonces, en combinación con Nick, se monta el aparato para localizar el codiciado papel, y el juego se inicia con la comedia representada en el baile de disfraces del «*Barnard Club*», en la que yo misma me brindo a desempeñar el destacado papel de Cécile Marty. Todo sale a las mil maravillas, y tanto Nick como Basil se frotan las manos. Claro que ambos ignoran cuál es mi verdadero interés en el negocio. En aquellos momentos mi objetivo no puede ser otro que alzarme con el preciado aguafuerte para entregárselo a mis jefes del Foreign Office, burlando a ambos personajes. Y entonces es cuando tú entras en escena. Antes ya te había conocido en circunstancias inolvidables, aquel día, en la Quinta Avenida, cuando caminaba muy aprisa porque se me había avisado que acudiese inmediatamente a mi Consulado, en donde se me comunicaría algo muy importante. No te burles, Bill, si te digo que ya entonces me enamoré de ti. Te abofeteé sin saber lo que hacía, porque me sentía azorada, nerviosa... No sé... Creo que después lloré de rabia por mi estupidez. Estaba convencida de que te había perdido para siempre. Pero yo siempre me acordaba de ti y de tus palabras: «Me llamo Bill Randall». Pasaron los días. Una mañana Basil me comunicó la noticia: había aparecido el grabado; lo tenía un tal Joe Gray. Quise ver a aquel hombre, y aquella tarde acudí al club. Eras tú. Me sentí profundamente desconcertada y, los primeros momentos, no supe

que pensar. Pero, más tarde, me pareció que todo lo veía muy claro. Tú eras el hombre que yo quería, el mismo que, a no dudar, poseía la famosa prueba de «La Negra». Y entonces concebí el plan en el que cifré todas mis ilusiones. No tuve que fingirme enamorada de ti; lo estaba de verdad. Por eso te ayudé y me fugué contigo; por eso, y porque tenías el grabado. ¿Recuerdas cómo te rogué en el hotel que nos fuésemos a Inglaterra? Una vez allí te lo habría contado todo. Esperaba convencerte de que hicieses donación del grabado a mi país, y, después, casarme contigo. Pero tú te resististe a todas mis sugerencias. Me di cuenta de que tú también forjabas planes que no querías comunicarme. Cuando, por la mañana, te marchas del hotel, me arriesgué a una jugada decisiva. Te despojaría del grabado, haría entrega de él en mi Consulado y luego regresaría a tu lado para decirte lo que había hecho y las razones que me asistían. Si me querías y eras un hombre honrado, aceptarías sin vacilar la nueva situación. Registré tu maleta cuidadosamente, sin el menor resultado. Después, se me ocurrió telefonar al Consulado para informarles de lo ocurrido. Fue algo horrible. Me comunicaron que el grabado había hecho su aparición en París, y me ordenaron que me presentara inmediatamente a recibir nuevas instrucciones. Entonces vi claro que tú habías mentido al decir que tenías el grabado. ¿Qué podía pensar? Lo lógico: que tu juego era malévolo, que eras otro más a la busca ansiosa del diabólico papel; en resumen: un enemigo de mi país, poseído de la misma torpe ambición que Basil y que Nick. Cuando salí del hotel, llevaba el firme propósito de renunciar a ti para siempre. En el Consulado me instruyeron convenientemente. Telefoneé a Edwin Zickel, en mi papel de Cecile Marty, para que adoptase las precauciones que aconsejaba la situación. Al día siguiente, un avión me traía a París. Foster, por encargo de la Embajada de mi país, ya había alquilado el hotelito. Me instalé en él, y esta tarde, a última hora, telefoneé a Edwin Zickel para que me llevase el grabado. Creo que, de no haber estado enamorada de ti, habría terminado por enamorarme de Edwin. Nunca le he dicho una palabra de verdad y, sin embargo, él confía en mí ciegamente. Lo demás, creo que ya te lo debes suponer. Nick y Basil se habían trasladado también a París, y siguieron astutamente los pasos de míster Zickel. Venían, como tú, por el grabado.

—Pero no consiguieron quitártelo, ¿verdad?

—No, Bill. Arrojé el candelabro al suelo para poder escapar con él, en la obscuridad. Me juré cumplir con mi deber. Pero tú me seguiste y, contra mi voluntad, disparé, en mi loco afán de salvarme de la indignidad a que creo que me empuja tu amor. Cuando creí que te había matado, ya sólo pensé en ti, en lo que te quiero... Aquí me tienes, Bill. Soy tuya, pero piensa, si algo te importo, que me puedes hacer inmensamente feliz o terriblemente desgraciada. Todo depende de que seas honrado o no. Decide, y Randall dio dos pasos, hasta situarse frente a la muchacha, que alzaba sus ojos brillantes, cuajados de lágrimas. Le ofreció la mano y la ayudó a incorporarse. Después, le dijo:

—Está decidido, Diana. Seré honrado; siempre fui honrado. Como tú. Los dos trabajamos al servicio de nuestros respectivos países. Soy un agente del
F. B. I.

—¡Bill!

Randall la estrechó contra su pecho, sin despegar los labios.

EPÍLOGO

A la mañana siguiente, se revelaba con toda claridad el intrincado secreto de «La Negra». Fue precisamente Diana la que, informada por Randall de cuántos detalles desconocía, dio con la solución del enigma. Bill le enteró de que el auténtico grabado ya llevaba dos días en su poder. Pero nada se había resuelto. Clark Butler, uno de los mejores técnicos americanos, había fracasado. Según él, la tinta incombustible, a que hacía referencia la lista que le mostrara en Washington míster Hoover, era una fantasía de los rusos, un camelo, sin duda.

—Ésta es la situación, Diana. ¿Qué podemos hacer?

—Quema el grabado —sonrió Diana.

—¿Cómo? —interrogó Bill, en el colmo del estupor.

—Eso es lo que siempre me respondía Basil, cuando le preguntaba qué haríamos con la prueba de «La Negra», cuando algún día llegase a nuestras manos: «La quemaremos», repetía riendo.

—¡Diablo! ¿Será ésa la solución?

—Seguro, Bill. En los archivos del Foreign Office se conserva un reciente informe sobre una nueva tinta de invención soviética, que sólo se revela cuando el material que la contiene ha sido quemado.

La delicada operación se llevó a efecto aquella misma tarde, en el laboratorio del «doctor Smith». El papel fue pegado por la cara del grabado a una fina plancha de cobre que, después, se puso al fuego. Momentos más tarde, sobre el gris uniforme de las Cenizas, residuos de la combustión, se pudo apreciar un claro texto de rojos caracteres manuscritos. Decía así:

«Ocho camiones procedentes Berlín, enterrados bajo revestimiento tercera galería mina Kleber, junto lago Wasseriner. F-3. 27/4/45».

Los nombres Kleber y Wasseriner poseían un marcado sabor alemán. Pronto se confirmó esta apreciación, abonada además por otros datos que ya se conocían, al localizarse un lago de tal nombre en la zona americana, a unos 160 kilómetros al noroeste de Berlín. Se solicitaron detalles más precisos de las autoridades de la zona de ocupación, y la confirmación se perfiló en todos sus términos. La mina de hulla Kleber, emplazada efectivamente cerca de Wasseriner, había sido explotada hasta el final de la guerra, y constaba de cuatro galerías y una edificación a la entrada, destinada a clasificación y acarreo. Ahora bien, con fecha 21 de abril del 45, o sea cuatro días antes de la presencia en aquella región de las tropas americanas, la mina había sido víctima de una misteriosa explosión que derrumbó el edificio y cegó el pozo de entrada.

Todas estas noticias fueron transmitidas a Washington, y el 27 de mayo se recibió la respuesta. Bill Randall quedaba encargado de llevar a cabo las gestiones, en colaboración con las autoridades americanas de ocupación. Diana fue su compañera en aquel viaje.

A las dos fechas de su llegada a Alemania, quedaban ultimados todos los detalles, y una compañía de ingenieros estuvo trabajando durante tres días más, hasta abrir de nuevo la boca de la derrumbada mina. La tercera y cuarta galería no habían sufrido el menor desperfecto.

El 2 de junio se cursaron, por fin, las instrucciones mantenidas hasta entonces en el más riguroso secreto. Una compañía, al mando del teniente Patterson, recibió orden de proceder a alzar el revestimiento de la tercera galería.

Desde las once de la mañana de aquella señalada fecha, permanecieron en una explanada que se habilitó cerca de la boca de la mina, representantes civiles y militares de las fuerzas de ocupación, en espera del acontecimiento que, a no dudar, ya era inminente.

Nuestro personaje, que, en compañía de Diana, se integraba al grupo que aguardaba con impaciencia el resultado de los últimos trabajos, era consultado preferentemente sobre los detalles del sensacional asunto que más llamaban la atención.

—¿Qué diablos cree usted que puede significar eso de ocho camiones enterrados? —le preguntaba, en aquel momento, el general Rossiter.

—Indudablemente, se alude a su carga. La frase, literalmente, no tiene sentido. Esos ocho camiones salieron de Berlín cuando ya los cañones soviéticos atronaban a sus puertas. Se trataría de un valioso cargamento, que se quiso salvar a toda costa. Naturalmente, la descarga aquí, en la mina, debió hacerse de noche y por personal que se traería de fuera en otro camión. Entre este personal de descarga se debió infiltrar un espía soviético, el

F-3,

con la concreta misión de dar cuenta del lugar en que se efectuase el enterramiento, valiéndose de la prueba de «La Negra» que obraba en su poder, y de la tinta incombustible. El

F-3

cumplió a conciencia con su misión y, probablemente, fue en el mismo interior de la mina donde escribió el mensaje. Al terminarse la operación de descarga, se obligó a subir de nuevo a aquellos hombres al camión de descarga, entre Wusterhsn y Trummitz, hacerlos bajar por última vez. Allí se les fusiló a todos, para que jamás pudiesen dar noticia de la valiosa carga. Pero el

F-3

ya había escrito su mensaje y, antes de morir, sacó el sobre que contenía el valioso grabado, a fin de hacerlo visible y que no pudiera perderse. Entre tanto, alguien voló intencionadamente la mina, cuyo filón está casi agotado, en la seguridad de que a nadie se le ocurriría ponerla de nuevo en explotación. Y ésta es, a grandes rasgos, la forma en que, a mi juicio, se desarrolló la parte menos conocida de esta sensacional aventura.

En aquel momento, el teniente Patterson ascendía de la mina y se dirigía al general Rossiter.

—¿Algo nuevo, teniente?

Consciente de la solemnidad del momento, el hombre se cuadró militarmente antes de responder:

—Sí, mi general. Mis hombres acaban de descubrir, bajo el revestimiento del segundo trozo de la tercera galería, un gran depósito de oro en lingotes.

¡Oro! ¡Oro! La codiciada palabra fue pronunciada admirativamente por todos los labios. Cuarenta mil kilos del precioso metal, según se comprobó más tarde, pertenecientes a las escasas reservas del fenecido Tercer Reich y a los tesoros nacionales

de Polonia, Austria y Checoslovaquia.

La sensacional noticia fue difundida por la prensa y estaciones de radio de todo el mundo.

Tres fechas más tarde, el general Rossiter obsequiaba con una comida de despedida a nuestro héroe y a Diana, que marchaban a Inglaterra y, después, a los Estados Unidos.

—Supongo —dijo el anfitrión, sonriente, a Randall— que usted aspirará a una alta recompensa que nadie le podrá negar.

—Así es, general —dijo Bill—: Aspiro a casarme dentro de unos días con esta muchacha.

—No le creía tan ambicioso —comentó el general.

FIN

"EL PAIS QUE POSEA EL GAS DOBLE X

no debe temer el ataque atómico". Exclamó Abe, jubilosamente. Pero Derek, más realista y cauteloso que su amigo, no pudo menos que anunciarle que lo que iba a conseguir era sentarse en la silla eléctrica.

Con la lectura de la apasionante novela

PLATILLOS VOLANTES

conocerá usted las múltiples incidencias de la peligrosa aventura que unos hombres temerarios iniciaron entre el incesante torbellino de la ciudad de Chicago.

PLATILLOS VOLANTES

se publicará en el próximo número de la siempre interesante Colección

SERVICIO SECRETO

y constituirá una definitiva confirmación de las excepcionales dotes literarias y el profundo conocimiento del difícil género policíaco que posee

PETER DEBRY

¡No deje de adquirirla!

Últimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



**COLECCION
 PIMPINELA**

- Núm. 248 - Málida Redón Chirón
NINA PREOVICH
- Núm. 249 - Trini de Figueroa
BENDITO SILENCIO
- Núm. 250 - Myllama
BAJO EL CIELO DEL SAHARA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



**COLECCION
 ROSAURA**

- Núm. 88 - Sergio Duval
EL ÚLTIMO MENSAJE
- Núm. 89 - L. Masola
TATUAJE
- Núm. 90 - Ana Marcela García
SOL EN LA BRUMA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



**COLECCION
 MADREPERLA**

- Núm. 144 - M.ª Adela Durango
LA PELIRROJA
- Núm. 145 - M.ª Nieves Gojalet
MOMENTO SUPREMO
- Núm. 146 - Desabel
OTRA VEZ EN PRIMAVERA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



**COLECCION
 BISONTE**

- Núm. 189 - Fidel Prado
LA FRONTERA PELIGROSA
- Núm. 190 - Preston Slattery
EL ESPECTRO DE LA CABAÑA
- Núm. 191 - Fidel Prado
CAPRICHOS DEL DESTINO

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



**COLECCION
 SERVICIO SECRETO**

- Núm. 52 - Peter Debry
LA MUERTE LENTA
- Núm. 53 - Fred Gorham
OPERACION "LA NEGRA"
- Núm. 54 - Peter Debry
PLATILLOS VOLANTES

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



**COLECCION
 AUTORES FAMOSOS**

- Núm. 14 - Zane Grey
TODOS PARA UNO...
- Núm. 15 - Zane Grey
UNA MUJER INDOMABLE
- Núm. 16 - Zane Grey
FRENTE A SU DESTINO

APARICION BIMENSUAL. PRECIO 16 Ptas.

Últimos volúmenes aparecidos.

Volúmenes de próxima aparición.

Precio 5 pts.



NOTAS

[1] Sally, diminutivo de Sarah. < <